



El tren del
Amor

Brianna Cox

Título

El tren del Amor

Brianna Cox

Todos los derechos reservados©

Esta publicación no puede reproducirse, transmitirse o venderse, en su conjunto o en parte, en ninguna forma, sin previo permiso escrito de su autor. La única excepción es si quieres citar un pequeño fragmento del libro

para hacer una reseña o crítica del mismo.

El autor no asume ninguna responsabilidad por el uso que se pueda hacer del contenido de este libro. El lector es el único responsable de sus actos.

Sinopsis

Abril descubre la infidelidad de Antonio un mes antes de su boda. Ella decide suspender la boda y romper con el compromiso. Eso la llevo a convertirse en una mujer insegura, que tuvo que luchar con su propia desconfianza para volverse a enamorar. Gracias a su amiga Raquel, ella comienza a aceptar que le gusta Gael, un hombre que había conocido por casualidad en una reunión.

Gael, trató de muchas maneras de acercarse a Abril, pero ella lo alejaba por su propia inseguridad, hasta que después de una tragedia que marcó la vida de ambos enamorados, ella se da cuenta que el tren del amor pasa una sola vez y decide aceptar el boleto que le daba la vida para jugársela y ser nuevamente feliz con el hombre que estaba amando.

Capítulo I

—¡No es lo que estás pensando! Por favor, déjame explicarte —me dijo Antonio, estaba muy exaltado. Trataba de excusarse de la manera más tonta, si con mis ojos estaba observando como la tomaba en sus brazos y la besaba. Si no hubiera sido por la bendita mesa que estaba estorbando en el centro de la sala, ni cuenta se dan que estuve ahí. Pero, me tropecé y obvio que me escucharon.

—No te preocupes, hay cosas que no hace falta explicar. Continúen en lo suyo y hagan como si yo no estuve aquí —sentí un nudo en la garganta, pero dignamente salí de ahí. Lo primero que pensé es ir a casa de mi amiga Raquel, necesitaba contárselo a alguien, pero que fuera algo reservada. Si se lo comentaba a mi madre, toda la familia se iba a enterar en cuestión de segundos y todos sabían que llevaba meses organizando mi boda. Mi boda, si, pero todo se vino abajo. Lo que me impresiona es por qué no estoy desgarrada llorando por haber visto a mi novio besarse apasionadamente con otra mujer. Quizás la rabia me mantuvo bloqueada al instante.

Mientras me subo a mi coche y pongo mis dos manos en el volante, veo el anillo en mi dedo. Muchas cosas pasaban por mi mente, pero mis ojos seguían ahí, fijamente sobre esa piedrita que resaltaba en su soledad sobre el oro blanco del aro. Me lo quité y lo guardé en mi bolso, fue como quitarme un peso de encima, pero sabía que la carga más pesada estaría cuando diera la noticia a mi familia y demás amigos. A todos los había involucrado en los preparativos de mi boda. Ahora me pregunto ¿Qué hago? ¿Comenzaré a odiar a los hombres? eso significaba que debo abandonar mis gustos de heterosexual y volverme lesbiana, o pensar que no todos ellos son iguales.

Mientras, miles de pensamientos confusos invadían mi mente, pero definitivamente tenía que asumir que dejar el gusto por los hombres no lo podía hacer. Entre mi diálogo interno, el camino me llevó sin contratiempos hasta la casa de Raquel. Se escuchaba un alboroto en la entrada y algo de música, qué más daba, lo único que quería era ver a mi amiga. Todos reían y cantaban al ritmo de una pesada música. Tal vez estaba muy divertida la letra de la canción, pero lo menos que me importaba era socializar en ese instante. Me miré en el espejo y arreglé el cabello con las manos. Mi cara estaba muy

descompuesta a pesar de que no haber votado ni una sola lágrima hasta el momento. Saqué un labial y me retoqué la boca, primero muerta que sencilla. Me bajé y caminé hasta la entrada de la casa y estaban dos hombres, atractivos, pero hombres, otros más del montón me dije. Saludé y continué hasta la sala buscando a Raquel. Ellos me miraban, o al menos era lo que pensaba. Me sentía con unos cuernos enormes en la cabeza y por eso sabía que llamaba la atención. Veía a mi alrededor y era como si con sus bocas hacían muecas por estar viendo a Rodolfo el reno o a algún fenómeno extraño de circo. Quería salir de esa sala pronto. Cuando di con mi amiga, fue como llegar a ver la luz del final del túnel.

—Abril, amiga, qué haces aquí a esta hora, ¿no te ibas de viaje con Antonio mañana? —un poco sorprendida Raquel cuando me vio llegar.

—No, no Raquel, hubo un cambio del plan a última hora —rápidamente le conteste, mientras le guiñaba un ojo para que se viera menos tenso el momento.

—¿Ella es tu amiga, la que se va a casar? —preguntó uno de sus imprudentes amigos que salió a meterse en la conversación y claro, Raquel respondió que sí, era yo.

En un santiamén, me sentí como un payaso que tuvo una pelea en casa y tenía que dibujarse una sonrisa en el rostro para irse a trabajar. Así que fingí mi mejor expresión en la cara y tomé a Raquel por el brazo y le pedí que subiéramos a su habitación. Estando ahí, mi amiga me miró, como estudiando mi actitud nerviosa. Yo solo me senté en la cama y mostrándole mi mano sin el anillo, le dije:

—Ya no habrá boda. Acabo de ver a Antonio con otra mujer y lo peor es que estaban en su casa —me dejé caer en la cama y esperé un grito, una palabra, algo de mi amiga, pero solo se sentó a mi lado sin decir nada. Ni ella, ni yo, parecíamos dos niñas peleadas esperando que alguien iniciara la conversación, hasta que fue ella quien rompió el silencio.

—¡Ese desgraciado de Antonio! ¿Cómo fue a hacerte eso, amiga? —fue el grito esperado de Raquel. Claro que era lo que quería escuchar de mi amiga, lo que no quería era volver a ilustrar en mi mente aquel momento que solo quería olvidar. Me negué a revivir aquello, solo le mencioné que no podía perdonarlo y que no iba a continuar con esa boda.

La música de la pequeña fiesta en casa de Raquel, estaba muy alta, aun así, se escuchaban los repiques de mi teléfono móvil dentro del bolso. Era Antonio, su cargo de consciencia no le permitía dejar de intentar explicarme, algo que no tenía explicación.

—¿Y cómo te sientes Abril? —con una cara de lastima, Raquel me hizo entrar en razón. Me colocó una de sus manos sobre mi hombro, mientras con la otra me acariciaba el cabello, como si se tratara de una mascota que necesitara de los mimos de su amo.

En ese momento mi corazón se arrugó, haciendo que la adrenalina me bajara de un solo golpe, esas palabras me hicieron aterrizar y lloré. Mi lado sensible, estaba ahí, reposando, esperando un momento de calma donde pudiera salir. Me senté y posé mi cabeza sobre mis manos y me dejé llevar por la tristeza que mi corazón sentía. Era una mezcla extraña, mi mente solo quería pasar la página, pero mi corazón sufría. Todo vino a mi nuevamente, lo que viví en esos minutos, fue tan descriptivo: la forma como la besaba, como la abrazaba y sobre todo lo bonita y joven que era aquella mujer, eso es lo que más rabia me daba, que de paso era una mujerona. Sentía vergüenza, ese iba a ser mi secreto que la mujer con la que Antonio me engañó era preciosa y sobre todo muy llena de colágeno la condenada.

—¿Dime qué quieres que haga amiga? —me preguntó Raquel, como si estuviera esperando una respuesta, para salir al ataque a favor de mi defensa. Fueron las palabras más solidarias que una amiga puede decir en un momento similar, al menos así lo recibí.

—Solo abrázame amiga —fue la única frase que le pude decir. Justo en ese momento, el teléfono de Raquel sonó y lo que menos imaginé, es que sería Antonio. Ella no respondió e inmediatamente llegó un mensaje preguntando si yo estaba en su casa, decidió apagar el móvil para concentrarse en mí.

Aproveché para desahogarme con mi amiga. Fueron diez años junto a él, y los últimos, aguantando sus necesidades, ya no sabía si era amor, pero la costumbre y el tiempo nos hicieron tomar la decisión de formalizar la relación, que ante los ojos de los conocidos, debió desde hace mucho tiempo, haber culminado en matrimonio. Nos dejamos llevar por tantas opiniones que no pensamos en nosotros y en lo que en verdad queríamos.

—Raquel, si quieres baja a atender a tus amigos. Yo puedo esperar aquí —le

pedí. Sentía mucha pena haber irrumpido su celebración de esa manera.

—No, sécate esas lágrimas y vamos a bajar para que bebas algo y olvides un poco el mal rato. Nada ganas con llorar. Vamos para que te des colirio en los ojos, con esos muñecos viriles que están abajo —con mucha picardía, logró sacarme una sonrisa, y era más que obvio que no estaba para echarles miraditas a los hombres.

Por no hacerle un desaire a Raquel, y no tan convencida, me volví a retocar. Esta vez se me había corrido el maquillaje, parecía un mapache con toda la máscara negra para pestañas regada alrededor de mis ojos. Aunque me volví a maquillar, tratando de tapar el golpe de la vida, no había un cosmético que volviera a dar el brillo a mis ojos. La tristeza estaba ahí y la rabia me cegaba y solo quería olvidar.

—Dame tu mano —Ya la tienes le dije a Raquel, y juntas bajamos las escaleras. Mientras los amigos gritaban que ya era hora de reaparecer.

Me sentía tan incómoda que Raquel lo notó. Buscó un par de cervezas para que brindáramos por el pasado. Me la tomé de un solo trago, hasta el fondo y así hice con las tres siguientes. Todos me gritaban que parecía una esponja, un barril sin fondos. Al final, ya me reía de las tonterías de ellos, el licor se me subió a la cabeza y me puse a bailar con los amigos de Raquel que en principio me parecían insoportables.

Al comienzo, no hablé con ninguno de ellos, mientras más tomaba, más ganas de bailar sentía, hasta que en la mañana desperté en la cama de Raquel. No tenía idea de cómo había llegado hasta su habitación. Al despertar todo me daba vueltas, fui hasta el baño y ahí descargué todas las cervezas que me había tomado, vomité hasta perder la noción del tiempo, en ese instante la cruda se había apoderado de mí.

Recordé al sucio de Antonio y comencé a llorar y a maldecirlo de tal manera que Raquel se acercó a ver que me estaba pasando.

—Lo odio, lo odio, es un sucio, Antonio es un sucio —balbuceé cada palabra porque la lengua se me enredaba.

—Amiga, ya no pienses en ese hombre. Necesitas reponerte para que hablemos sobre lo que vas a hacer. Duerme un rato mientras te preparo una sopita. Estas muy mal Abril —Raquel estaba muy preocupada y yo muy apenada.

Cuando me logré poner de pie, me sostuve con la pared y Raquel me ayudó a ir caminando hasta la cama. Que sensación tan horrible, el dolor de cabeza me punzaba el cerebro y no me dejaba mantener los ojos abiertos, la luz me dejaba ciega por unos instantes. En mi estómago tenía una licuadora, que a una lenta velocidad, procesaba mis vísceras, todo se me movía por dentro. El mundo me daba vueltas y solo podía mencionar el nombre del desgraciado de Antonio.

Me acosté y mientras yo dormía y Raquel me preparaba su famosa sopa, que según ella podría revivir a un muerto, Antonio estaba en su casa, hecho un mal de preocupaciones y confusiones. Había llamado a mi madre para saber si sabían algo de lo sucedido anoche.

—Buenos días, señora Amarilis ¿Cómo amaneció? —tratando de averiguar si yo les había mencionado algo, Antonio trató de indagar un poco más —¿Qué están haciendo por allá? —el muy infiel preguntó, esperando obtener alguna información de mi madre.

—¡Hola Toñito! Bien hijo, tomando una taza de café. ¿Abril, ya se despertó? Anoche no me llamó para saber si llegó bien —mi madre cariñosamente le hablaba con ese diminutivo.

Hubo un silencio, él no sabía que responder. Lo que era obvio es que yo no había ido a casa de mi madre. Antonio se quedó pensando y rápidamente asumió que si había ido a casa de Raquel.

—Que bueno, señora Amarilis. Abril, salió un poco temprano, pero ya salgo a encontrarme con ella. Ya sabe, andamos comprando todavía algunas cosas para la boda. Ya después vamos hasta allá y nos bebemos un café —su agilidad para las mentiras ya no sorprendían.

Inmediatamente, se salió de la conversación con mi madre y tomó el teléfono para llamar a Raquel. Después de varios intentos, mi amiga contestó la llamada.

—Raquel, dime que Abril está en tu casa. Me siento preocupado porque no atiende el móvil, llamo a su casa y nada y en casa de su mamá no saben de ella —con voz de preocupación, el cínico le preguntaba a mi amiga.

—¡Tú sí que eres descarado! ¿Cómo te atreves a preguntar por Abril, después de lo que le hiciste? Eres un poco hombre, por no decirte todo lo que estoy pensando de ti en este momento —Raquel con mucha rabia y contundencia en

sus palabras, esperaba la reacción de Antonio ante su abordaje, para tener más argumentos en ofenderlo.

—No sé lo que te haya contado Abril, pero no fue lo que ella vio ¡Por Dios, yo el amo! Necesito hablar con ella, nos vamos a casar —estaba llorando mientras le imploraba a mi amiga que lo escuchara. Armó todo un teatro telefónico de un típico hombre infiel.

—Abril está muy mal, lo menos que quiere es verte. No seas cínico Antonio, le hiciste daño. La engañaste con otra mujer faltando tan solo un mes para la boda ¡No la busques más! —Raquel le cortó la llamada sin esperar alguna respuesta de él.

Me desperté de golpes y las lágrimas se me salían solas. Raquel entró a la habitación con un plato de sopa, un vaso con agua y una aspirina.

—Que bueno verte despierta amiga, te traje algo para que comas. Anoche estabas muy alegre, casi que me rompes la mesa de tanto bailar sobre ella —atacada por la risa, me comenta Raquel de algo que no recuerdo, por haber tomado tantas cervezas.

—¡Ay! amiga, en verdad no quiero recordar nada de ayer, incluyendo la primera hasta la última cerveza que me tomé. Me siento fatal, necesito un estómago nuevo —inmediatamente soltamos una carcajada y me senté en la cama para comer.

Cuando iba por la mitad de la sopa, Raquel me comenta que llamó Antonio, y que estaba desesperado por hablar conmigo. El solo hecho de saber que lo hizo, me hizo pausar el hambre. Me eché nuevamente a llorar porque se me vino todo a la mente, otra vez: él abrazándola, yo queriendo salir del lugar y la bendita mesa que me delató.

—No quiero verlo amiga, sé que debo enfrentarlo. Tampoco es que me quiero esconder, pero no quiero que me vea así tan destruida —llorando, le imploré a mi amiga.

—¿Destruída? Eso es poco ¡mírate! —Raquel me pasó el espejo y cuando me vi, casi salgo corriendo. Parecía una indigente, con mi cabello despeinado y en vez de tener mugre en la cara, tenía todo lo negro del maquillaje de ojos regado.

Siempre me destacué por ser una mujer fuerte, dulcemente agria como me decía Antonio. Así que esa mañana, tomé fuerzas y con la ayuda de Raquel,

decidí levantarme y ducharme para revivir a mi espíritu decaído. Es algo muy tonto, pero una misma termina haciéndose daño. En la ducha, trataba de imaginármelo a él, teniendo sexo con su amante y cuántas veces me habría engañado. Lo único que ganaba con eso era sentirme más poca cosa. No sé a quién deba odiar más, si a él, a ella o a la estúpida mesa que hizo que me vieran como una idiota ahí parada.

Duré casi una hora debajo del agua, echándome el gel de baño como si tratara de eliminar cada caricia de Antonio, como si fuera a borrar de un gran lienzo toda la pintura de tanto tiempo, y lo único que lograba era gastar el jabón de mi amiga, porque todo iba a seguir ahí.

Capítulo II

Salí de la ducha y Raquel estaba ahí en la habitación, esperándome con su cara de preocupación que ya no sabía si me hacían sentir bien. Ella era como mi hermana, y no quería tampoco seguir dándole molestias con algo que yo sola debía asumir. Me prestó una ropa cómoda y bajamos a conversar a la cocina. De pronto, el timbre sonó. Raquel se levantó y al abrir la puerta nos sorprendimos ¡era Antonio! Traté de correr hasta la habitación, pero él me detuvo por el brazo. Raquel, nos pidió a los dos, muy sutilmente que habláramos con calma y lográramos llegar a un acuerdo. Ella subió a la habitación y quedamos Antonio y yo como un par de cactus en un desierto, porque así estaba la sala de Raquel, tan solo una mesa la decoraba, terminaré pensando que algo tienen las mesas en mi contra. Nos fuimos hasta la cocina, al menos ahí podíamos sentarnos.

—Necesito que me escuches, sé que tienes mucho que decirme, pero quiero ser yo el comience, por favor —fue lo primero que pudo decir Antonio. Su cara de tristeza solo me daba más indignación. Asentí con la cabeza y lo miré con tanta rabia que le hice bajar su mirada.

—Lo que viste anoche, no fue nada. Abril, tú eres la única mujer con la que he estado en todos estos diez años que llevamos juntos. No es que sea un santo y sé que hemos tenido problemas por los chimes que inventaron de mi con mi secretaria, hace 2 años —él continuaba y mientras más lo hacía, se iba hundiendo en su argumento, igual lo dejé hablar.

—Ella es una compañera de trabajo, que apenas tiene una semana en la empresa —y él seguía con su labia barata. Yo iba pensando dentro de mi

cabeza sobre el descaro, apenas la estaba conociendo.

Trataba de convencerme que no había pasado nada. Me le quedé mirando, pero no lo escuchaba, mis oídos se bloquearon y solo veía sus labios moverse, parecía una película del cine mudo, donde solo los actores movían sus labios. Hasta que al parecer, había terminado su discurso y me correspondía dar mi intervención como si se trata de un juicio, donde se debía probar la inocencia y la culpabilidad de uno de los dos.

—Quiero que sepas, que no escuché gran parte de lo que estabas diciendo. No le consigo sentido a esta explicación. Hayas tenido sexo o no con ella, me fuiste infiel y lo que vi fue suficiente. A lo mejor ambos fuimos culpables de todo esto, y resulta que ya el amor se había terminado. Solo nos quedaba la costumbre, pero me hiciste daño —estaba muy resentida al hablar, lloraba, pero sin exaltarme. En mi mente me arrastraba en el piso mientras le preguntaba que por qué me había hecho eso. Jamás le iba a demostrar lo fracasada que me sentía, esa era mi coraza, ante todo, pero Antonio me conocía bien y sabía que dentro de mí había una destrucción total.

—¿Qué va a pasar con nosotros, cariño? Tan solo mírame, tenemos un futuro por delante. Si la costumbre nos llegó, entonces hagamos que vuelva el amor. Yo no veo mi vida sin ti. Perdóname todo por favor y continuemos con nuestro planes —no podía creer que me estaba pidiendo eso y llorando.

Ya con esta era la segunda vez que me lo hacía. Si, ya había logrado limarme los cuernos de hace dos años y lo perdoné, también me había jurado que otra más no se la podía aguantar.

—No, ya es definitivo. No habrá matrimonio, en la semana le pediré a Raquel que me ayude a vender las cosas y te daré la parte que te corresponde. Después de eso, no quiero tener ningún tipo de comunicación contigo, y por favor aléjate de mi familia. Yo me encargo de darles la noticia a ellos y tú puedes hacer lo mismo con la tuya —en ese momento le di la espalda porque ya estaba con la voz muy quebrada y mis ojos no me ayudaban mucho en aparentar mi fortaleza.

Al decir esas palabras, Antonio se levantó y trató de abrazarme por la espalda. Pero le pedí que no me tocara e inmediatamente di media vuelta para mirarlo de frente y hacerle ver que todo había terminado.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres, Abril? ¿Te sientes preparada

para echar todo por la borda? ¿No me vas a perdonar? –Me iba preguntando mientras se ponía su mano en el corazón.

–Se acabó todo, tú lo terminaste. Este libro lo cerré anoche, tú escribiste el capítulo final, pusiste el fin –casi que explicándole a un niño de cinco años, traté de que cada palabra fuera pronunciada lentamente, para poder cerrar esta conversación tan dolorosa.

No se trataba de una venganza, en verdad sentía que si lo perdonaba, él lo iba a volver a repetir. Raquel siempre me dijo que si le perdonaba una, tenía que aguantar todas las que vinieran y así sucedió. Dentro de mí, sabía que no había vuelta atrás, así me lo pidiera de rodillas, ya el amor estaba quebrado entre nosotros. Antonio, estaba advertido, una vez más y se acababa todo. Yo cumplí con mi palabra en ese momento.

Logré que Antonio entendiera y se marchó, como un perro con la cola entre sus patas, abrió la puerta y arrancó en su coche. Me había quedado sola en la cocina y caminé hacia el desierto de la sala y ahí estaba la mesa, mi fiel testigo de los últimos acontecimientos de mi vida y en las escaleras, Raquel me observaba esperando que llegara a ella y la abrazara. Fue así, la abracé y le dije que esta vez era tan en serio que necesitaba que me ayudara a salir de todo eso.

Después de comer, fuimos hasta mi apartamento y mi amiga me ayudó a recoger algunas cosas personales que Antonio dejaba cuando se quedaba. Todo lo fuimos metiendo en una caja, aunque me provocaba prenderles fuego para que el aire se llevara todo, pero no lo hice. Le pedí a Raquel que le entregara todo porque no quería verlo nuevamente.

–No quiero dejarte sola, amiga. Voy y vengo rápido para hacerte compañía –me dijo Raquel como si yo presentara algún síntoma suicida.

Solté una carcajada de inmediato y le respondí con ironía.

–Amiga, amo mi vida, no creas que me haré más daño que el que me hice al darle una oportunidad a Antonio, desde la primera vez que me fue infiel. Ve tranquila, yo me quedo aquí sola. Tengo que ir a casa de mi madre para hablar con ella, pero lo haré mañana –Aun necesitaba descansar y organizar mis ideas para reinventarme una nueva vida.

Raquel salió con la pesada caja y yo me quedé en el cuarto. Pensaba en los diez años que había pasado al lado de Antonio, esperando llegar a hacer una

vida junto a él y reconozco que pensé, en los felices por siempre, a pesar de todas las desavenencias que había entre los dos.

Raquel me hacía ver que debía tomar todo esto como una gran experiencia de vida. Pero, hay que ser demasiada boba como para pretender que los seres humanos estamos para vivir de experiencia en experiencia, de ser así, no hubiera esperado diez años para poner fin a esto. Me enamoré de Antonio, fue mi mejor amigo en la universidad y sabía todas las travesuras que tenía con cada chica nueva que llegaba por semestre y, aun así, pensé que eso lo había cambiado cuando iniciamos la relación. Con todo esto, aprendí a no querer cambiar a las personas.

Al día siguiente, fui a casa de mi madre y me senté junto a ella a llorar y a contarle todo. Ella, solo pensaba en la boda y en el qué dirá la gente, así que no me preocupé mucho por detallar lo que había pasado. Le notifiqué mi decisión y ahí quedó todo.

Los días pasaron y Raquel me ayudó a vender las cosas. También hubo tiempo para regresar algunos objetos y la mitad de todo lo recaudado, se lo deposité a Antonio. Me sentía tranquila, tan solo un poco afectada cuando veía a las parejas en la calle. Para mí, era algo ridículo creer nuevamente en el amor, pero sabía que existía, porque lo llegué a conocer, pero nunca supe cuánto me habría durado la magia. Antonio insistió con algunas llamadas y mensajes, donde me expresaba su amor y me daba flojera leerlo. Su labia barata ya me la conocía, no valía la pena seguir pensando en lo que un día fue y ya no será, como dice la famosa canción.

Me quedaban un par de semanas de vacaciones y cada noche recibía invitaciones de Raquel para salir a bailar con sus amigos, aquellos de la otra noche, con quien bailé hasta el cansancio, pero a quienes no recordaba.

—Hola amiga, te llamo porque esta vez no me vas a decir que no. Ven a la casa un rato. Esta noche voy a reunirme con unos amigos para tomar algo. Necesitas distraerte un rato —Raquel cuando entonaba esa voz de niña consentida, era difícil decirle que no.

—Raquel, gracias por la invitación, amiga linda. Estoy arreglando unas cosas aquí en casa, pero te prometo que en la noche pasé un rato por tu casa, para compartir —me comprometí sin estar entusiasmada, pero ya era momento de distraerme y olvidar un poco.

Moví tantos muebles en la cocina, que terminé muy agotada. Cuando miré el reloj, eran las ocho de la noche. Dudé en ir a casa de Raquel, pero un compromiso, era un compromiso. Me vestí muy casual, me arreglé el cabello y me maquillé muy natural. Tomé esas precauciones por si me daba por beber como una loca y mis ojos volvían a parecerse a un mapache. Me dio mucha risa al recordar ese momento, solo ese momento y nada más.

Cuando llegué a casa de Raquel, la música que sonaba era muy relajada, me sorprendió no encontrar algo similar a la locura de hace unas semanas. Cuando entré, la sala ya no era un desierto, había otros muebles y mi testigo, la mesa, ya no estaba sola. Las personas que se encontraban ahí, parecían bohemias, se sentía muy agradable el ambiente. Tenía dos semanas sin visitar a mi amiga y todo estaba muy cambiado para bien.

Ya estando en la sala, la música se detuvo y Raquel salió a mi encuentro. Me abrazó y pidió la atención de los presentes.

—Compañeros, les presento a mi amiga, Abril. Ella es una gran bailarina y profesora de danza. Abril, ellos son unos compañeros de trabajo que vinieron a celebrar la apertura de una nueva sucursal en Japón —quedé gratamente sorprendida ante la bienvenida y un tanto apenada.

Los saludé a todos moviendo mi mano y sonriendo, pero mi atuendo no era el más adecuado para la ocasión. Pensé que eran los mismos locos de la otra noche, con los que solo importaba las ganas de beber para poder encajar en el grupo. Nadie se fijaba en mi ropa, pero el ¡trágame tierra! sonaba en mi mente cada fracción de segundos.

Raquel me dejó ahí parada, no sin antes decirme que estaba en mi casa. Me acerqué al mini bar y cuando me iba a servir una copa, uno de los presentes se me acerca.

—¿Abril, verdad? —su voz varonil, me hizo voltear de inmediato. Estuve a punto de salirle con un sarcasmo y decirle que no, que estábamos en julio por referirme a un mes del año, pero me contuve para no caer tan pesada.

Lo primero que pensé al verlo fue ¡aléjate, es un buen prospecto! Pero sus ojos se clavaron en los míos. Me sentí como la publicidad del producto para el cabello con algas marinas, cuando la brisa del mar te hace cerrar los ojos y tu cabello se deja llevar por la brisa, mientras la sensación de frescura te dibuja una sonrisa en el rostro. Reaccioné con una mueca, porque solo yo

sabía lo que pensaba.

–Hola, sí, soy Abril ¿Y tú eres? –mientras le daba la mano y seguía observando su muy arreglada apariencia.

Él me tomó la mano, y me dio un beso en la mejilla. Me pareció un gesto muy agradable que me dio mucha confianza.

–Gael, y me da mucho gusto conocerte. Tengo un par de horas aquí y pensaba retirarme, pero al verte llegar sentí ganas de quedarme un poco más –sus palabras tan directas, me desencajaron un poco. No me sentía preparada para los galanteos de un hombre. Inmediatamente se me cambió un poco la expresión y él lo notó.

–Disculpa si te incomodé, Abril. No suelo tener este tipo de actitud. Por favor, no lo tomes mal –mientras tomó una copa y la llenó hasta la mitad para ofrecérmela.

Raquel me observaba desde el centro de la sala y me guiñó un ojo, como haciéndome ver que todo estaba bien al hablar con Gael. Miré a mi alrededor, buscando algún testigo y para mi sorpresa, no tenía ninguna mesa cerca. Solté una carcajada y Gael me miró como si estuviera loca, pero solo yo sabía lo que había recordado.

Terminé aceptando la compañía de Gael y hablamos de muchos temas en común. Él me preguntó de qué me gustaba hablar y le dije de todo, menos de mi vida personal, porque no había mucho que contar. Si tan solo él supiera, que tengo más cuentos que una biblioteca de colegio.

Me agradó mucho el momento, y casi no compartí con los demás. Me sentía cansada, pero Gael hacía interesante la noche y pretendí aguantar un poco. Raquel se acercó a nosotros para preguntar si estaba todo bien, conversó un rato, pero luego salió a despedir a una pareja que se estaba marchando. La música estaba muy romántica y Gael aprovechó que estaba iniciando una canción.

–¿Vamos? –me extendió su mano, invitándome a bailar.

Un algoritmo comenzaba a dibujarse en mi mente. Si decía sí, estaba dándole a entender que algo entre los dos pasaba esa noche. Si le decía que no, pasaba a ser de agradable a aburrida. Si me hacía la que no escuché, iba a hacer que me preguntara en voz alta y todo el mundo escucharía. Con toda esa telaraña tejiéndose en mi cabeza, dije lo primero que me salió.

–Si, claro –algo aterrada y temblorosa le tomé su mano y seguimos hasta un espacio donde otras parejas bailaban.

Traté de buscar a Raquel con mi mirada, justo cuando llegamos a la pista, pero también estaba bailando. Gael se posa frente a mí y pudo ver que me sentía muy nerviosa, me sentí apenada. Al dar nuestros primeros pasos, tropecé y me dio mucha risa al ver que era una bendita mesa. Quitamos a la testigo del camino y comenzamos a danzar la suave música.

Me dejé llevar, cuando bailo en una celebración, me olvidó que doy clases de baile, solo disfruto y me dejo llevar por la pareja del momento. Gael resultó ser un buen bailarín, me agradó mucho su compañía. No pensé que un hombre fuera a llamar mi atención en tan poco tiempo, después de los cuernos de Antonio. Cuando Gael me dio un giro, quedé al frente de Raquel. Ella parecía un mimo, haciéndome señas y muecas con la boca, como insinuando que su amigo, ya me había flechado.

Gael, me seguía comentado sobre sus viajes mientras bailábamos, pero muy cerca de mi oído para que lo pudiese escuchar. Hasta que me dijo que mi perfume olía muy bien. Me sonrojé y después de eso, me gustaba cada halago que venía de su parte. Ese hombre, supo cómo hacer que un baile cambiara todo mi mundo.

Capítulo III

La música se detuvo y volvimos al rincón del bar. Yo necesitaba ir al baño, pero me avergonzaba decirlo y esperaba que a él le dieran ganas. Miraba su ropa para ver si no tenía una bolsita por donde botara su orina, porque después de 6 cervezas no le habían dado ganas de ir al baño. Hasta que por fin se excusa para ir al baño y yo aproveché de subir a la habitación de Raquel para tener más privacidad y de una vez aprovechar de retocarme un poco.

–¡Eres una zorra! –grita Raquel al entrar a su cuarto –te venía siguiendo. Viste que guapo es Gael. Amiga, tienes que cogértelo, es un hombre bellissimo y está soltero –la loca de mi amiga seguía gritando, mientras yo me iba bajando los pantalones para ir al baño.

–Deja tu locura, Gael y yo, no hemos hablado de nada de lo que estás pensando. Me parece un hombre maduro muy interesante, pero es muy pronto pensar en algo así, o lo que sea –me rehusaba a dejarle ver que me había

gustado Gael.

Raquel me dejó sola, y bajó riéndose de mí, porque ella me conocía tan bien, que sabía que no me hubiera quedado tanto tiempo hablando con un hombre, si éste no me agradara. Salí del baño y bajé las escaleras. Gael, me estaba esperando y me hizo señas para que supiera que estaba ahí. Se había quitado la chaqueta y ¡por dios! Ese hombre tenía unos brazos tan grandes y se veían tan duros, que por más que lo evitaba me tuve que imaginar el resto. Me gustó mucho con su chaqueta puesta, pero al verlo más relajado y con esa camisa abierta en su pecho, me provocó lanzarme y hacer cosas que tenía tiempo que no hacía con un hombre, sólo mis dedos me hacían el favor.

—Que bueno que regresaste. Ya casi todos se han ido ¿te llevo a tu casa? —me preguntó al mismo tiempo que tomaba su chaqueta y se la colocó en su hombro, avisándome de cierto modo que se iba.

—Cierto, pero yo me quedé aquí, con Raquel. Es muy tarde y tengo tiempo sin tener una larga conversación con ella —con una sonrisa, me escabullí de esa invitación tan cercana.

—Mañana hay una presentación en el teatro. Unos amigos se van a presentar ¿te gustaría acompañarme? —directamente, me lanzó una nueva invitación.

—Sí, sí, claro —se me pegaron las palabras —¿dónde nos veríamos? Yo me puedo acercar —hasta que al fin logré terminar mi respuesta.

—De ninguna manera, yo pasaré por ti. Apunta mi número y nos hablamos ahora para ver donde te paso a recoger ¿te parece? —se me chorreaba la baba por su galantería.

—De acuerdo, nos hablamos al rato —y traté de separarme, pero él me puso una de sus manos en mi cintura y se acercó a darme un beso justo en la comisura de los labios.

Fue tan sensual, que en otro momento de mi vida, creo que hubiera girado mi rostro y el beso hubiese sido inminente. Pero no, era otro momento en mi vida, no hubo ese beso, así que cuando reaccioné, ya Gael, se estaba despidiendo de Raquel.

En unos instantes, nos quedamos solas, mi amiga y yo. Me sentí en el confesionario del cura con más años de experiencia. Raquel me sacó todo, le confesé que me sentí atraída por Gael y no sentí ningún remordimiento en aceptarlo. No había pasado ni un mes de haber roto el compromiso con

Antonio y ya me estaba gustando otro hombre. Sentí un poco de vergüenza y no le comenté que tenía una cita mañana con Gael para el teatro. Para mí, era solo una salida y no había porque hacer una fiesta por ello.

Cuando nos acostamos, Raquel se quedó dormida muy rápido y yo pensaba en Gael, en ese baile que me devolvió el sentido de la atracción por un hombre. Tomé el teléfono y tenía dos mensajes de texto. En uno de ellos, Gael me decía que había llegado bien y en el otro me pedía que a primera hora le escribiera la dirección de mi casa y me deseaba una feliz noche. Sonreí, pero no quise darle mayor importancia. Mañana le escribo, pensé y me acosté a dormir.

Tuve muchos días sin descansar, dormía, pero me despertaba agotada. Durante esa noche en casa de Raquel, sentí que mi cuerpo descansó y desperté como nueva. Mi amiga aún seguía durmiendo, le preparé el desayuno y se lo dejé tapado encima de la mesa. Me fui a mi casa sonriente, al llegar le envié un mensaje de buenos días a Gael y le detallé mi dirección. No esperaba una respuesta rápida, pero el móvil vibró inmediatamente con su respuesta, avisándome, que a las siete de la noche, pasaría por mí.

Las horas pasaron volando, me quedaba una hora para ponerme bonita. Mantuve la calma y no permití en ningún momento que la emoción me dominara. En mi mente, solo me fijé la idea de que era una salida y nada más. Que tanto podía pasar, si apenas nos habíamos visto una sola vez y no éramos dos adolescentes que no pueden llegar a controlar sus emociones.

Después de un largo análisis filosófico de lo que podía y no podía pasar entre Gael y yo, terminé de vestirme. Maquillada y peinada, me miré al espejo y volví a ser la de antes, me veía muy linda. Mi autoestima siempre estuvo alta, por eso me dolieron aquellos cuernos con esa mujer tan hermosa y joven, pero yo no estaba de mal ver, mi atractivo seguía intacto.

Justo a las siete de la noche, tocan a mi puerta, miré el reloj y me dije; ¡vaya, no podía ser más puntual! Abrí la puerta y una vez más me derretí al verlo. Su cabello, sus ojos, su bufanda, su chaqueta, sus pantalones y zapatos, todo él era perfecto.

–Abril, buenas noches. Sé que lo sabes, pero permíteme decirte que estas hermosa –sus lindas palabras las complementó con un beso en mi mejilla.

Le agradecí su cortesía y le pedí que pasara un momento mientras buscaba mi

bolso y llaves para poder irnos. Subí a mi habitación y bajé de inmediato con todas las cosas.

–Estoy lista, Gael. Podemos irnos –cerré la puerta y me subí a su coche deportivo.

En el camino, íbamos conversando sobre la danza, me agradaba mucho su interés por las artes. Estábamos en sintonía con cada tema y sus respuestas eran muy fluidas y con mucha precisión. Nos reíamos al hablar y comentar sobre cada película y coreábamos juntos la música de la radio. El trayecto hacia el teatro se hizo muy cómodo.

Al llegar, disfrutamos mucho de la obra. Esperamos que salieran los actores amigos de Gael para felicitarlos y me sentí en ambiente cuando me los presentó. La danza para mí representa mucho y el hecho de compartir ese gusto con alguien tan especial me hacía ver que Antonio, no era el hombre adecuado para mí. Siempre criticó mi profesión.

Llegado el momento de irnos, Gael me hace una nueva invitación a cenar. Yo me sentía bastante cansada, mis últimos días habían sido muy rutinarios. A mi mente llegaban las palabras de la loca de Raquel, diciéndome que me tenía que coger a Gael y me atacó la risa. Ya era la segunda vez que me reía delante de Gael recordando cosas muy graciosas. Me contuve y sin pensar mucho, acepté.

Realmente no tenía nada de comer en casa, se suponía que en la tarde debía hacer mis compras semanales. Así que, me pareció propicia la ocasión, además de seguir gozando de la compañía de Gael.

Cuando nos subimos en su coche, Gael se acerca un poco a mi asiento y con esos ojos azules que me atrapaban en todo momento, me preguntó que cómo lo había pasado.

–Me encantó la obra, tenía un alto contenido social y el escenario estuvo realmente hermoso. Gracias por esta invitación. Y en verdad, disfruté mucho de tu compañía –le correspondí con mi mirada y culminé el comentario con una sonrisa.

Gael tomó una de mis manos y puso sus labios sobre ella para darle un beso. Fue muy caballeroso, se sintió tan dócil, que hizo que mis ojos se cerraran por unos segundos.

–Me agrada mucho tu compañía, Abril. Eres una mujer encantadora y para

mí ha sido un gran placer conocerte –los ojos de Gael brillaron al decirme esas palabras.

Yo solo pensaba en besarlo, me dije que ese era el momento, sentía mucho deseo y me sentía muy sensible a nivel sexual. Moje mis labios con saliva, esperando que me besara, pero cuando lo vi tomar el volante, reaccioné.

–Gracias por esas palabras Gael –le respondí un tanto cortada por el momento. Solo me faltó preguntar y cuándo venía el beso, pero continúe con los halagos –Yo me siento muy bien contigo, me encantan que tengamos tantas cosas en común, hoy en día es difícil conseguir una buena compañía –sonreía algo nerviosa mientras hablaba, pero lo que estuvo a punto de paralizarme fue cuando en ese momento, puso su mano en mi pierna.

No me disgustó para nada, me hubiera gustado que la subiera un poco más, pero hasta ahí la dejó. No quise pensar más en el fulano beso, porque mientras más quieres algo, más se te aleja.

–¿Por qué una mujer como tú, tan hermosa, se encuentra soltera? –Gael con esa pregunta, tocó una tecla que no debía. No es que aún me doliera, me afecta, pero era nada agradable contarle a alguien que acabas de conocer y de paso te gusta, que terminaste tu relación anterior, en plenos preparativos de boda porque te convirtieron en un reno con cuernos muy largos.

En ese momento, me salvó la campana y justo estacionamos en el restaurante de Paco. El parquero inmediatamente me abrió la puerta del coche y me ayudó a bajar. Respiré y me bajé casi que huyendo a esa pregunta.

Un ambiente muy bohemio, con un estilo algo rustico, una mezcla de mucha arte y una música relajante, todo eso detallé al entrar al lugar. Me sentía muy rara, no lo he de negar. Eso no era nada parecido a lo que visitaba con Antonio. Pero para qué recordarlo, si debe estar entre las piernas de aquella joven.

Gael era todo un galán, pero lo que menos yo buscaba, es que pensara en una relación y tampoco quise que se diera cuenta que me lo quiero coger y ya, pasar un rato agradable, como dicen muchos hombres y sin ningún compromiso. Nada de enamoramiento, solo gusto. En eso me enfoqué, pero no podía evitar pensar en lo cariñoso que era, y a qué mujer no le agradaría estar con alguien así en una relación, al menos a mí no, por ahora.

Nos sentamos junto al balcón y el frío estaba medianamente soportable.

Entendí inmediatamente la señal de Gael, tampoco soy boba.

–Está haciendo algo de frío, toma mi chaqueta –se la quitó y me cubrió los hombros. Tomó una de las sillas y se sentó muy cerca de mí.

En eso se acerca el mesonero y ofrece una botella de vino para calentarnos. Gael me miró para buscar mi aprobación y asentí con la cabeza para aceptar. Necesitaba que olvidara la pregunta que quedo abierta sobre mí, así que le pregunté por su familia.

–Abril, en esta noche no quisiera que tocáramos el tema sobre nuestras familias, hablemos mejor de ti y de mí –respondió mientras se acercaba a mí, muy lentamente. Me dio un poco de curiosidad el hecho que haya esquivado mi pregunta. Pensé que ocultaba algo, pero si yo lo estaba haciendo, preferí no hacer ningún juicio en el momento y disfrutar.

–Estoy de acuerdo Gael –le sonreí y sorprendidamente me besó.

Estuve esperando ese beso, pero dejé de hacerlo y ahí estaban sus labios unidos a los míos. Me fui con el aire, me sentí como una pluma tan liviana que flotaba figurativamente. Me debatía entre lo que quería disfrutar y lo que no debía sentir, como el diablito malo que me decía en un oído que me dejara llevar y en el otro oído el bueno, que me decía en el otro, que vaya con calma. No los escuché y cerré mis ojos y dejé que Gael jugará con mis labios de una manera tan sutil, que no hubo nada que criticar ante ese beso. Me imaginaba como sería en el sexo, si besaba así de bien.

–Perdóname, por no resistirme ante tus hermosos labios. Necesitaba probar el sabor de tus besos ¿hice mal? –no dejaba de mirarme, me hizo la pregunta como si se tratara de un ladrón que me había robado algo. Más bien me dejó con ganas de mucho.

–Estuvo bien, yo también lo deseaba –con un ataque de sinceridad le respondí sin quitarle la mirada de deseo, que sabía que debía controlar.

El mesonero estaba ahí, viendo y esperando que nos apartáramos para no interrumpir el momento. Nos sirvió las copas con vino, y Gael y yo hicimos un pequeño brindis. Dos copas más adelante, ordenamos una cena ligera, sinceramente no tenía ganas de comer, solo hambre de placer.

Gael me miraba y era tan caballero, pero no dejaba de pensar en que un hombre como él, solo podía estar buscando una aventura, y en eso me enfoqué, en disfrutar el momento hasta donde se pudiera. Ya había perdido

diez años de mi vida al lado de un hombre con quien planifiqué mi vida, para nada. Así que nada de amor, nada de sentimientos, pero al mirarlo, me preguntaba cómo no enamorarse de un hombre así, como Gael.

Las mujeres que llegaban al restaurante, lo miraban como perro que mira a un hueso, literalmente se lo querían comer. A mí, esas cosas ya no me disgustaban, él había decidido estar conmigo, al menos por esa noche. Disfrutaba de cada beso, de cada caricia sobre mi cabello y cada mirada de hombre encantador que me hacía al conversar.

Ya pasaban las doce de la noche, me intrigaba saber cómo terminaría nuestra noche, más bien quería saber hasta dónde llegaríamos. Si le hubiese contado a Raquel de esa salida, ya me estuviera escribiendo para preguntarme si ya le había abierto las piernas a Gael. Recordando esas cosas de la loca de mi amiga, volví a sonreír. Menos mal Gael no se dio cuenta esa vez, porque iba a terminar pensando que en verdad estoy loca.

Capítulo IV

Era todo muy extraño, yo estaba evitando hablar de mi vida personal y Gael hacía lo mismo. Por supuesto que ambos ocultábamos algunas cosas que nos lastimaron o que no queríamos recordar. No quise arruinar la noche con preguntas, pero si seguíamos tomando más vino, probablemente, termine hablando de más.

—Me encantaría que esta noche no terminara. Tenía mucho, realmente mucho tiempo sin pasar un momento agradable con una mujer —al decir estas palabras, Gael bajó la mirada, haciéndose notar, algo de melancolía en su voz.

No quise indagar sobre eso, sabía que podíamos tener otros momentos para hablar. Me sentía irresistible como para que un hombre como él, se atreviera a extender una nueva invitación. Ya me había demostrado que en verdad le gustaba y para mí, eso era suficiente. Simplemente deseaba que la noche terminara en su cama, pero no era de bien ver que se la pusiera tan fácil. Así que me di mi puesto de dama decente, al menos que se llevara esa impresión en la primera salida y como si fuera la cenicienta del cuento, le hice ver que perdería mi zapatilla si se acercaban las 12 de la madrugada.

—Espero que tengamos otras oportunidades para compartir y así no tengamos que depender de una noche —casi que le pido que nos volvamos a ver, pero

solo fue una insinuación que cualquier hombre de su edad pudiera entender con rapidez. Miré mi reloj e inmediatamente captó el gesto.

–Tienes razón, preciosa. Mañana será otro día ¿cierto? –mientras me dejo sentir con un sutil beso, que nos íbamos a retirar.

En ese momento, el mesonero se acercó a la mesa y trajo la cuenta que había solicitado Gael. Después de cancelar, se levantó y tendió su mano para ayudarme a levantarme, cual caballero que pocos se ven en las calles. Antonio, cuando mucho, me esperaba en la entrada mientras me pedía que me apresurara. Sin ánimo de seguir en la comparación, decidí no volver a pensar más en el señor de las mentiras, como recién le llamaba a mi ex.

Caminamos hasta la entrada del restaurante y en seguida trajeron el coche. Nos subimos y Gael manejó hasta mi casa. Conversamos un rato y nos despedimos con un beso muy cálido. No hubo necesidad de colocarle pasión para sentir cosquillas en todo mi cuerpo.

Entré en mi casa y me senté en el sofá. Me sentía como una boba al dejar pasar esta noche. Pensamientos iban y venían, los “y si” se apoderaron de mí ¿Y si no me llama más? ¿Y si pensó que no valgo la pena? ¿Y si solo fue esta noche y no la aproveché?

Sé que Gael quería lo mismo que yo, tener una noche de placer. Él lo propuso con sus besos, pero yo no lo acepté. Por más que mis partes íntimas se hayan mojado de tanto sentir, no podía caer en ser una mujer fácil por una noche de sexo. Me quedé confiada en que nos íbamos a ver nuevamente. Me levanté del sofá y me fui hasta el baño para ducharme. Me miré al espejo y realmente estaba hermosa, sabía que Gael se había derretido ante mi dulzura y mi personalidad. Después de la ducha, me puse cómoda y esperé en la cama que me escribiera.

La duda me embargaba, lo que me faltaba era morderme las uñas por la ansiedad. No llegó ni un mensaje de Gael esa noche, me quedé dormida como una tonta, si, una tonta por tan solo intentar creer una vez más en un hombre, desde el punto de vista sentimental.

Gael, en su casa, pensaba que si me escribía, yo lo iba a tomar como presión. Para él, realmente llegué a importarle como mujer, pero ya había logrado alejar a otras de su vida, por hacerlas sentir asfixiada y quiso tomarse un tiempo para saber cómo se daba una próxima salida sin que se viera que

había presión de su parte.

Cuando desperté, revisé el móvil y solo había un mensaje de Raquel. Decidí apartar a Gael de mi mente y no dejaba de pensar en lo tonta que fui. Pensaba miles de cosas, hasta que debí haber pasado la noche con él. Pero no fue así y decidí continuar con mi domingo habitual de compras para la alacena, que bastante falta me hacía, solo tenía agua para subsistir.

Después de unas largas horas de meditación, me levanté y me vestí para ir al supermercado. Aproveché de llamar a Raquel para que me acompañara y así al beber un café, le confesaba sobre mi salida con su amigo Gael.

No tenía ánimos de vestirme, si por mí fuera, hubiese salido en pijamas a la calle. Mi cuerpo estaba pesado, la resaca del vino se estaba apoderando de mí, pero mi estómago me alertaba que tenía que salir a buscar alimento. Me subí al coche y manejé hasta la casa de Raquel, quien me estaba esperando en la entrada.

–Hola Abril –me saluda Raquel con un tono de seriedad que me dio curiosidad –Anoche te escribí y vi que leíste el mensaje, pero ni me respondiste, menos mal que no me estaba muriendo, porque me hubieses dejado morir, amiga –irónicamente continúa Raquel con su tema, mientras se sube y cierra la puerta del coche.

Inmediatamente solté una carcajada y la miré con extrañeza. Mientras giraba mi cabeza en señal de negación, arranqué el coche y le dije a mi amiga:

–¡Amiga! Pareces un esposo celoso. Estaba un poquito ocupada y no es que no te quise responder, fue que olvidé hacerlo al momento –hice una pausa y pensé en la maravillosa noche con Gael, pero después recordé que pasó a ser un fantasma y se me pasó todo –Estás bien y estoy aquí contigo, eso es lo que debe contar –la miré con una sonrisa, pero con mirada de tristeza, la cual, ella misma notó.

–¡Hey! ¿Qué te pasó, Abril? Esa mirada triste ¿Por qué? –me conocía tan bien, que no puedo ocultar mis sentimientos –¿No me digas que es porque recordaste a Antonio? –tratando de indagar el motivo de mi tristeza, Raquel lanzó todas estas preguntas al aire.

–¿Antonio, quién es Antonio? –le pregunté a manera de broma, para que se diera cuenta que ya no tenía resentimientos hacia mi ex –Después de ir al supermercado, nos tomamos un café y conversamos, amiga –pensé dentro de

mí, que más bien iba a ser una confesión y sabía que Raquel se iba a molestar cuando se enterara de mi parte, que había salido con su amigo Gael y se lo había ocultado.

Raquel pasó todo el camino insistiendo para que le adelantara algo de la conversación. Ella sabía que, si había tanto misterio, es porque se trataba de algo serio. Parecía una niña pidiéndole a sus padres que le compraran un helado. Me perturbaba un poco cuando se tornaba tan infantil, pero ya estaba acostumbrada a esas reacciones locas de mi amiga. En esos momentos, la imaginaba con un parche en la boca y yo cantando feliz.

Cuando entramos al supermercado, creí haber visto en uno de los pasillos a Gael. La mente me traicionaba al querer saber por qué no me había escrito, eso fue lo que pensé al momento. Continué con mis compras y cuando estábamos a punto de cancelar, recordé que no había llevado leche y me regresé un momento al refrigerador a buscar un par de litros.

Mis ojos no podían creer lo que veía. Gael, estaba con una mujer. Un poco mayor que él, pero muy guapa y atractiva—¡Claro! Por eso no me escribió—pensé al momento.

Sentí un nudo en la garganta, pero no eran ganas de llorar. Al menos no lo vi besándose como a Antonio, pero igual me sentí afectada porque después de haber aceptado darme una oportunidad para salir nuevamente con un hombre, pasa lo que me daba miedo asumir otra vez. Me acerqué rápido para pagar y salí inmediatamente con Raquel del establecimiento.

—Amiga, siento que huyes ¿Por qué tanta prisa? —fue la reacción de Raquel, al ver que la tomé del brazo y casi la obligué a salir del supermercado.

—Son cosas tuyas amiga. Vamos por un café, hay mucho que contar —aunque en mi mente, preferiría un trago muy fuerte, para pasar el mal rato.

Dejamos las bolsas del mercado en el coche, y nos fuimos caminando hasta uno de los cafés que funcionaban dentro del centro comercial. Ordené un expreso doble y Raquel cappuccino. Ella estaba muy impaciente, mientras mi mente permanecía nublada, fría, casi que entraba en hipotermia. Traté de calentarme un poco con varios sorbos de café y Raquel, solo me observaba con detenimiento. Parecía un perrito, esperando que le lanzaran el hueso.

—¿Adivina, con quién salí anoche? —traté de hacer el sufrimiento más corto, al ser un poco directa.

—No me digas que saliste con Antonio —me pregunta la muy boba, al mismo tiempo que se cubre la boca con las manos, para no gritar de asombro ante la gente.

Me disgustó un poco que aun pensara en que entre Antonio y yo, había algún tipo de oportunidad para volver a estar juntos. Ya me tenía incómoda con sus comentarios desde que se subió al coche. Con eso, las ganas de comentarle lo que me había pasado con Gael, disminuyeron, no podía comprender como Raquel siendo mi amiga y conociéndome tan bien, tan solo piense en esa posibilidad. Respiré profundo y después de darle en mi mente una bofetada para que reaccionara, la miré sin pretensiones de entrar en discusión.

—Raquel, voy a hacer que no escuché nada de eso. No lo gro entender por qué sigues con el tema de Antonio, si ara mí, ya está olvidado amiga —se hice saber muy tranquilamente —No amiga, salí con tu amigo Gael.

Después de varios sorbos seguidos de su café, Raquel se sujetó la barbilla con su mano derecha y apoyo su codo en la mesa. Me miró y yo solo podía asentir varias veces con la cabeza y una mueca sonriente se dibujó en mi rostro. Era como una mezcla entre vergüenza y triunfo, lo primero porque era su amigo y no se lo mencioné antes de que pasara y lo segundo porque ella insistió mucho en que saliera con él.

—¿Tú, me estás hablando en serio, amiga? Deja esos juegos, no me mientas —me decía Raquel con la esperanza de que mi confesión fuera una mentira.

—Es en serio amiga, te estoy diciendo la verdad. Lo que pasa es que no quise comentarlo al momento. Pero el mismo día de la fiesta, al despedirse, Gael me invitó al teatro, porque se iban a presentar unos amigos en una obra —las palabras me salían con mucha rapidez, me sentía nerviosa y realmente no quería darle mucha oportunidad de indagar con sus preguntas.

Raquel no encontraba palabras, era como si me quisiera felicitar, pero a la vez me quería matar por lo que había ocultado. No sabía si gritar o levantarse y ahorcarme con sus manos.

—¿Te lo cogiste? —soltó una risa cínica y comenzó a afirmar como si en verdad eso hubiese pasado —Te lo cogiste... te lo cogiste... te lo cogiste...

—lo repetía varias veces hasta que le pedí que parara, porque la gente nos veía como si estuviéramos detrás de las rejas en un hospital psiquiátrico.

—No pasó nada más que un beso —le comenté y tomé un sorbo de café.

Raquel estaba muy asombrada, ella seguro imaginó que entre Gael y yo había pasado de todo. Ordenamos unas galletas y otros cafés, para continuar con la tertulia.

Le confesé a mi amiga como habían sucedido los hechos, como si se tratara de la escena del crimen, aunque así me siento hoy, asesinada por una ilusión que me negaba en todo momento a aceptar.

—No puedo creer que Gael no te haya escrito amiga. Tuvo que haberle ocurrido algo, él es un caballero y meto las manos en el fuego por él —Raquel lo dijo con tanta seguridad, que por un momento le quise creer.

—Creo que no lo conoces bien amiga —le respondí —Te saqué del brazo cuando estábamos en el supermercado, porque Gael estaba en uno de los pasillos, pero con otra mujer. Ese fue su motivo por el que no me escribió, claro, como yo decidí que la noche terminara a las 12 —le hice ver a Raquel que estaba equivocada al creer que Gael es un buen hombre.

Raque no podía creer que estaba hablando de su amigo, frunció el entrecejo y me miro como si no creyera lo que le decía una vez más.

—Yo le sigo dando mi voto de confianza. Algo le tuvo que haber ocurrido a Gael para que no te haya escrito. Y lo de esa mujer, es raro, porque hasta donde sabemos en la oficina, Gael es viudo y no ha tenido ninguna relación formal desde hace un año —Raquel cambió su tono de voz y demostró mucha seriedad en lo que estaba hablando sobre su amigo.

—¿Viudo? Y yo que pensé que algo ocultaba cuando me pidió que no habláramos de cosas personales anoche. Era obvio que le dolía hablar del tema, menos mal que no insistí —le comenté a Raquel, al mismo tiempo que movía mi cabeza haciéndole ver que hice mal.

Pero la duda con esa mujer con la que estaba en el supermercado no iba a desaparecer y menos el hecho que no me haya escrito o llamado al menos para avisar que llegó bien. Por un momento, quise dejar el tema atrás. Parecía una boba, por un lado, tratando de mentirme a mí misma de que no me importaba y por el otro muriendo de rabia por no saber qué estaba pasando con Gael.

Entre las bromas de mal gusto de Raquel, por el hecho de no haberme acostado con Gael y mi intriga por saber qué pasaba con esa mujer, nos pasó la mañana.

Conversamos de muchas cosas y aproveché de pedirle ayuda para planificar mi semana, la última semana de vacaciones en la academia. Hice algunos apuntes valiosos, armé un cronograma para visitar algunos museos y así despejar mi mente de los últimos acontecimientos de mi vida.

Fue muy enriquecedora la conversación con Raquel, mi amiga, mi hermana. Salimos del café y la llevé hasta su casa, muy agradecida como siempre, por haberme escuchado detenidamente. Sentí que me quitó un peso de encima, pero aún me quedaba la espina atravesada sobre Gael.

Capítulo V

En la mañana siguiente, Raquel llega a su oficina. Revisa cada oficina para ver si logra ubicar a Gael, hasta que lo ve salir del elevador.

—Hola mejor amigo, ven a mi oficina un momento —le dice Raquel y lo toma de la mano con una sonrisa pícaro.

—Menos mal que te veo Raquel, el sábado en la noche me abordaron unos hombres cuando estaba llegando a casa. Me robaron la cartera y el móvil. Perdí todos mis contactos y necesito ubicar a tu amiga Abril. Debe estar pensando lo peor de mí ¿Te ha contado algo? —con un tono de preocupación, Gael le comenta lo que le sucedió a mi amiga Raquel.

Raquel se asombra, pero a su vez, suelta un suspiro. Ella sabía que algo le había ocurrido a su amigo para que hubiera reaccionado de esa manera.

—Que mal lo que te sucedió, amigo. Ayer estuve con Abril, estaba pensando lo peor y más después de haberte visto en el supermercado con una mujer.

Dijo que era un poco mayor que tú, pero que igual era muy guapa y atractiva

—Raquel subió un poco el tono de su voz y se sentó detrás de su escritorio, mientras miraba a Gael, esperando una respuesta.

—¿Me vio? Pero, ¿Por qué no me saludó? Esa mujer era mi madre. Ella me tuvo muy joven, por eso nos dicen que somos como dos hermanos, casi no se nota la diferencia de edad. Pobre Abril, debe estar muy confundida y molesta

—con un gesto de desánimo, Gael se sentó y se notó preocupado.

Raquel le explicó todo lo que habíamos hablado y le confesó que yo estaba pensando lo peor de él. Gael le pidió mi número de móvil a mi amiga e inmediatamente me llamó. En ese momento, yo estaba organizando unas cosas en la casa, levemente escuché la llamada, pero no hice mucho caso. Cuando me desocupé, cogí el móvil y también me había llegado un mensaje

del mismo número del cual me habían llamado. Era Gael, mencionando que necesitaba verme y hablar para contarme lo que había ocurrido.

Siendo un poco terca, me hice la loca y no respondí. Al rato, me llamó Raquel:

—¿Amiga, supiste lo de Gael? Hablamos cuando llegué a la oficina —lo primero que pensé ante lo que me estaba comentando Raquel por teléfono, cuál sería la mentira que se había inventado Gael.

—Hola amiga, vi la llamada perdida, pero no me dejó ningún mensaje. Prefiero no hablar de él Raquel —con algo de rabia le respondí a mi amiga.

Para mí, era muy difícil volver a creer en un hombre. Por mi mente pasaban muchas cosas. No quería seguir tropezándome con la misma piedra y no tenía necesidad de pasar de nuevo por una nueva mentira. Prefería darme un espacio para mí antes de caer en un amor apresurado. Bueno, dije amor, pero no quisiera incluir ese sentimiento. Tan solo Gael me gustaba, y era sensacional lo que me hacía sentir, pero de ahí a sentir amor, no lo veía factible.

—Abril, tú me conoces. No soy de las que mete la mano por alguien y menos por un hombre. Solo te pido, si quieres, que escuches a Gael. Lo asaltaron el sábado en la noche al llegar a su casa y la mujer con quien lo viste en el supermercado, es su mamá. Te dejo, hablamos luego —Raquel me respondió muy molesta.

Me incomodó un poco la actitud de Raquel. No entendía por qué ella defendía tanto a Gael, si ningún hombre vale la pena para molestarse como ella hizo.

Me senté un momento, no sabía si había escuchado bien a Raquel. O sea, que a Gael lo asaltaron y que estaba con su mamá en el supermercado. Esa era la supuesta razón de la desaparición del caballero fantasma, ese es el nombre que se merecía por haber desaparecido de esa forma, después la bonita noche que habíamos pasado el sábado. No hice mayor caso a y continúe mi faena de limpieza en casa. Recibí dos llamadas más en mi móvil, Gael seguía insistiendo, pero no quise darle importancia.

En Torres & Asociados, la empresa donde trabajan Raquel y Gael, volvieron a reunirse los amigos. Raquel le hacía saber a Gael que yo me encontraba muy disgustada y que no sabía si había escuchado lo que me decía por teléfono.

–Yo necesito verla. Abril me interesa mucho, desde la primera vez que la vi, sentí algo especial –le decía Gael a Raquel. Ella lo miraba y sentía gusto al oír esas palabras.

–Si quieres mi consejo, búscala. Es la única manera que le puedas explicar y que te pueda entender, porque para ella te convertiste en un fantasma, que le hizo pasar una tarde y noche maravillosa y luego desapareciste por arte de magia –graciosamente mi amiga le hizo saber en qué se había convertido Gael para mí.

–Tengo una buena idea, mañana te comentaré como me fue con Abril –Gael se levantó de la silla y dejó a Raquel algo inquieta por saber que iba a hacer.

La tarde en casa se me fue muy rápido, o es que tenía tanto tiempo sin limpiar que me pareció haber organizado toda una juguetería después de la visita de mil niños. Tenía cajones, cajas y cajitas vacías, cosas sin sentido que preferí mover al garaje y así ver que podía regalar o botar.

Me duché un largo rato, después me puse una ropa ligera y preparé un emparedado. Me sentía cansada, como si una ola me hubiese revolcado hasta dejarme en la arena. De pronto, llaman a la puerta. Ya me había acostado para descansar, no era tan tarde, pero necesitaba dormir temprano. Me levanté, me até el cabello con una cola y abrí la puerta sin preguntar quién era.

–Buenas noches, Abril –me dijo Gael, estaba parado frente a mí con una caja de bombones.

Él todo un galán con su traje azul y su voz que me derretiría como a una gelatina fuera del refrigerador. Yo, en pijama, con una cara de cansancio de tres o cuatro días para no exagerar.

–Gael, que haces aquí a esta hora –no pude ocultar mi sorpresa al verlo llegar.

–Discúlpame Abril, no me di cuenta de la hora. Solo de las ganas que tenía de verte y explicarte el por qué me había convertido en un fantasma para ti –respondió de inmediato Gael.

Al escucharlo decir lo de fantasma, sentí rabia porque seguramente Raquel se había ido de chismosa y le había contado todo, absolutamente todo. Sentía un poco de vergüenza, quién sabe qué más le diría de todo lo que hablamos, con la excusa de la buena intención porque Gael y yo arregláramos las cosas entre

nosotros. La quiero matar cuando la vea.

No podía hacerle ver de inmediato a Gael, que me encantaba volver a verlo, porque de verdad me sentía un poco molesta. Pero ya que se había atrevido a venir hasta mi casa, no le podía hacer el desplante de no dejarlo pasar.

—Que pena, me imagino que algo te habrá contado Raquel. Pero, pasa por favor, hace algo de frío aquí afuera. Disculpa mi facha, pero ya me disponía a descansar —le abrí más la puerta y sacudí un poco mi cabello con las manos para no verme tan simple.

—Toma asiento por favor ¿Te ofrezco algo para beber? —yo trataba de ser amable y Gael lo único que hacía era mirarme.

—Por favor siéntate, quiero explicarte brevemente lo que ocurrió para que no pienses mal de mí. Me interesas mucho Abril y no quiero que haya un mal entendido entre nosotros —cada palabra era pronunciada con mucha firmeza, por lo que no podía negarme ante tal petición.

Me senté a su lado y Gael comenzó a narrar todo lo que le había sucedido al llegar a su casa ese sábado en la noche. Tal y como me lo había comentado Raquel, lo habían asaltado unos malhechores y la señora del supermercado era su madre.

Escuché detenidamente a Gael, y veía cada movimiento de sus labios a pronunciar cada palabra. Él me tomaba de la mano, como para sentir que en verdad le estaba prestando atención. Sentí pena por haber dudado, bueno, no fue una duda si lo él, se había desaparecido después de haberme dejado el rico sabor de sus labios en mi boca.

—¿Ahora entiendes por qué me desaparecí? No fue intencional, preciosa ¿Cómo crees que después de lo bonito que vivimos el sábado, no iba a querer verte nuevamente, escuchar tu voz, mirar tus ojos y besarte? —mientras se acercaba lentamente a mí y con un tierno beso, calló lo que iba a decir.

Con su mano me tomó por el cuello, sutilmente y la otra, me mantenía sostenida mi mano, enviándome una energía que me daba sensación de placer. Me sentía hechizada por ese hombre, que llegó en la noche como un vampiro con ganas de tomar a su doncella. No medimos el tiempo, me deje llevar una vez más por lo que sentía. Había mucha química entre los dos, era más que obvio.

—Extrañaba tus labios —me susurró al oído y se separó lentamente, esperando

mi respuesta.

—Lamento mucho la confusión —con mi voz suave, le respondí, al mismo tiempo que me abracé a él y coloqué mi cabeza sobre su pecho.

Conversamos un rato, le preparé un café y pasamos un par de horas comentado la mala experiencia que había tenido. Afortunadamente no le pasó nada, porque hubiera sido una viuda antes de tiempo.

¿Pero, que ando pensando yo en relación? ¿No se suponía que Gael iba a ser una aventura para mí? ¿Quién me viera así de babeada como estoy? Parece que tuviéramos ya una relación ¡Susto! Pero no podía negar que me sentía demasiado bien a su lado.

Esta vez, me subí al sofá y coloqué mi cabeza en sus piernas, mientras él me acariciaba el cabello y me seguía comentando sobre su madre y sus trabajos como modelo cuando era más joven. Me sentía tan agotada, que cada caricia de Gael en mi cabeza me relajó a tal modo que sin pensarlo me quedé profundamente dormida. No fue porque estaba aburrida de su conversación, por ese hombre no me cansaría de escuchar cada historia que viniera de él.

Gael se dio cuenta de que me había quedado dormida. Me contempló por unos largos minutos y sonreía tiernamente. Sus ojos le brillaban y dentro de él se decía que yo era la mujer, esa que podía hacerlo feliz.

Al poco rato, se levantó con mucho cuidado de no despertarme y fue hasta mi habitación y retiró la cobija y una de las almohadas que estaba en mi cama. Se regresó al sofá y me puso de lo más cómoda. Me abrigó y sacó de su bolsillo un papel para dejarme una nota que colocó en la mesa. Me besó tiernamente y se retiró en silencio.

—¡Dios mío, gracias por haberme puesto a esta mujer en mi camino! —Gritó Gael cuando se subió al coche.

Muy sonriente, recordaba cómo me veía acostada en sus piernas. Para él resulté siendo una niña grande, que le gustaba porque hacía ver que era fuerte y tierna a la vez. Una extraña combinación que le parecía muy atractiva a sus ojos.

En cuanto a mí, no sabía si era el cansancio o si sus besos tenían una pócima especial que me hizo dormir profundamente. No me desperté en toda la noche, ni para tomar agua como era mi costumbre. Mi cara reflejaba una mueca sonriente, me sentía plena, tranquila, complacida, como si hubiera

hecho el amor y luego a dormir.

No había caído en cuenta que estaba durmiendo en el sofá, hasta que me di media vuelta para estar más cómoda y me caí al piso, al mismo tiempo que sonó la alarma que había dejado activa para levantarme temprano el día anterior y por tonta y despistada, olvidé desactivarla.

Tirada en el piso, literalmente, me di cuenta de la nota sobre la mesa. No todo podía ser tan perfecto en Gael, la letra era fatal, pero el contenido muy romántico:

“Deseándote el más lindo de los sueños, feliz noche preciosa.

Gael.”

Me coloqué la nota sobre mi pecho y me recosté en la parte baja del sofá. Suspiré y pensé en cómo no enamorarse de un hombre como él. Pero después recordaba que todo al comienzo es de color de rosas siempre y volví a tener en cuenta que no me podía enamorar, al menos tan pronto no. Me levanté del piso y me fui a recostar un rato en la cama. Mi sueño fue placentero, pero la espalda me quedó doliendo por lo estático del sofá.

Me puse a mirar un punto fijo en el techo de mi habitación y hasta ahí lograba verlo a él. Me imaginaba lo que pensaría al verme como me quedé dormida. Seguramente dedujo que me aburrió con su conversación y realmente me sentía encantada de oírlo, su voz es muy varonil.

Me quedé dormida por un rato, haciendo conjeturas sobre lo que podía ser entre Gael y yo. Buscaba el lado positivo, pero mi mente lo arruinaba recordándome que no debo volver a caer en las manos de un hombre, no por ahora.

Capítulo VI

Los días se fueron a mil kilómetros por horas. Gael y yo nos seguimos frecuentando casi toda la semana. Entre cafés y chocolate, se fue ganando un poco mi confianza. Hubo besos y caricias, que me dejaban muy ansiosa de querer llegar a más y él se contenía al ver que prácticamente, yo colocaba un freno para no avanzar.

Como todos los domingos, pasé a recoger a Raquel para tomarnos un café:

–Amiga, me siento ansiosa –le comenté a mi amiga, apenas se subió al coche

–Este mes se me fue muy rápido. Mañana comienzo a dar clases nuevamente, ya me hacía falta bailar –continúe la conversación mientras iba manejando.

–Me imagino amiga. Aunque aburrida no has de haberla pasado, al menos no, desde que conociste a Gael –como siempre Raquel, pensando que ya nos habíamos acostado.

Llegamos al sitio de siempre y pedimos nuestro expreso y cappuccino. Después de escuchar las locuras de Raquel, aproveche mi espacio para comentarle cómo me había ido en la semana.

–¿Qué sientes por Gael? –me preguntó Raquel muy intrigada.

Abrí los ojos como si me hubieran puesto un cheque frente a mí por una millonaria cantidad de dinero. Me quedé pasmada, sin ningún rodeo Raquel me abordó con esa pregunta a la que no tenía respuesta, o quizás estaba tratando de ocultar una realidad.

–Me agrada mucho estar con él, es un caballero como pocos, pero apenas estoy comenzando a entrar en confianza con Gael –le comentaba a Raquel mientras tomé algo nerviosa la taza de café para beber un sorbo.

Me interesaba saber que pensaba Gael de mí, pero me apenaba un poco preguntarle directamente a mi amiga, no quería sucumbir ante mis sentimientos sin saber si él estaba sintiendo lo mismo que yo. Pero Raquel debía estar enterada, mi amiga es tan introvertida que siempre sabe cómo envolver a las personas para que le confiesen los más profundos secretos. Es como una especie de psicóloga, pero sé que lo hace por querer ayudar.

–Amiga ¿Gael te ha comentado algo más sobre mí? Lo pregunto porque sé que ustedes se ven todos los días en la oficina y tú eres también su amiga –muy sonriente le lancé la pregunta para que no se notara tanto mi intención por averiguar demás.

Raquel soltó una carcajada e inmediatamente se cambió de silla para estar más cerca. Esa actitud me hizo reír, ella siempre ha tenido unas reacciones infantiles que en ocasiones pasaban por bromas, pero en otras, provocaba poner las manos en su cuello y ahorcarla, pero esta vez no era ese caso.

–¿Qué me vas a dar para que te cuente? –me decía con esa risa alocada y me hacía cosquillas para tratar de hacerme reír de sus locuras –Ahora sí en serio amiga, Gael si ha hablado conmigo –pasó de sus tonterías a ponerse muy seria mientras me confesaba que Gael si le había hablado sobre mí.

–Gael me atrae mucho, pero sabes lo que pasé con Antonio y no quiero repetir las cosas que pasé. Por eso estoy tomando todo con mucha cautela. Trato de disfrutar, pero tengo esa espinita atravesada que no me deja soltarme del todo –le confesé a Raquel todo lo que sentía para que también fuera muy sincera.

–Amiga, Gael se muere por ti. Él se está enamorando Abril, pero me dice que no sabe si tu estas sintiendo lo mismo. Que a veces ha intentado tener mayor cercanía y tú, lo alejas ¿Qué pasa amiga? –su insistente tono de voz, me hace entristecer la mirada.

–Miedo, eso es lo que me sucede Raquel. Gael me gusta, pero no hemos hablado de nuestros pasados y me angustia que al contarle mi historia, vaya a sentir lástima. Eso me aterra y no me quiero sentir vulnerable, amiga –con mis ojos llenos de lágrimas que no quería botar, le respondí.

Me había jurado que no iba a llorar más por algún otro hombre. Necesitaba sentir la seguridad de que estaba siendo correspondida para poder entregarme y disfrutar. Después de saber que Gael si estaba interesado en mí, me sentí tranquila. No significaba que al verlo nuevamente, me iba a lanzar a sus brazos y le pediría que fuéramos novios, no. Eso no iba a pasar de esa manera, solo me iba a dejar enamorar abiertamente y bueno, disfrutaré cada momento.

La tarde nos pasó ligeramente. Entre risas y anécdotas mi amiga y yo, nos reímos hasta más no poder de cada cuento alocado que nos había pasado. Los recuerdos de la infancia fueron testigos de esa tarde, hasta llegar a la experiencia adulta que vivíamos hoy en día.

Raquel era una buena mujer. Excelente hija, trabajadora y muy buena amiga. Se casó muy joven y enviudó a los dos años de matrimonio. Eso le marcó su vida para siempre. Le había hecho un juramento a su difunto esposo, que jamás se volvería a casar y que su amor sería eterno. Hasta ahora todo eso lo había cumplido. Se dedicaba mucho a su familia y a sus amigos a quienes quería como hermanos y hermanas, entre las que yo era una de las privilegiadas.

Esa tarde, me dio por halagar todas las bondades de mi amiga. Le agradecí por cada momento que ha estado ahí para mí, en las buenas y en las no tan buenas.

Mientras subimos al coche, Raquel comenzó a toser, y sentía ahogada. Me asusté mucho al ver que no podía respirar y decidí llevarla al hospital que estaba cerca. Todo cambio tan pronto, estábamos sonrientes y de pronto pasó.

La ingresaron en urgencias, yo me sentía confundida con tantos médicos y enfermeras corriendo por los pasillos. Me preocupaba mi amiga, se la habían llevado en una camilla y no me dejaron pasar. Tomé el móvil y llamé a su madre, fue mi primera reacción.

Las enfermeras salían de la sala de urgencias y ninguna me daba razón sobre Raquel. Tenía que seguir esperando. Al estar sola, la angustia me embargaba. La madre de Raquel había llegado y la puse al tanto de lo sucedido. Mi angustia crecía al ver a la señora llorar por su hija.

¿Qué tan grave podía estar mi amiga, si tan solo se había ahogado con su propia tos? No podía entender, había pasado una hora y nadie salía a dar respuesta, hasta que al fin, el doctor llamó a los familiares de Raquel Duarte.

–Soy su madre y ella es su amiga –inmediatamente se levantó la señora de la silla y saltó para abordar al doctor.

Yo la seguí, tenía mis brazos cruzados sobre mi estómago. Sentí un frío que recorría todo mi cuerpo, algo muy malo le estaba sucediendo a mi amiga y ella me lo estaba transmitiendo. Siempre tuvimos esa conexión, cuando nos sucedía algo, la otra lo presentía.

–Raquel sufrió un paro respiratorio. Logramos estabilizarla, pero entró en estado de coma. Lo siento mucho, debemos esperar que reaccione –esa fue la noticia que nos dio el doctor, con una seriedad que daba miedo.

La madre de Raquel se colocó sus manos sobre la boca y gritaba que no, que no podía ser y pedía entre llantos ver a su hija. La enfermera se la llevó hasta la habitación y yo caí literalmente en la silla que estaba detrás de mí. Comencé a llorar de angustia y preocupación, mi amiga se debatía entre la vida y la muerte, si hasta hace poco estaba bien.

Tomé el móvil y llamé a Gael, sentí la necesidad de tenerlo cerca de mí. No podía con tanto dolor por mi amiga, mi hermana.

–Hola Gael ¿Puedes hablar? –me atendió inmediatamente y fue lo primero que pude decirle.

–Hola princesa, sí claro, para ti siempre puedo hablar. Pero, qué te pasa ¿estás llorando? –por mi tono de voz, Gael me preguntó un tanto preocupado.

–¿Puedes venir hasta el hospital? Hace un par de hora tuve que traer a Raquel, se puso mal con una tos y se estaba ahogando. Tuvo un paro respiratorio y está muy mal. No sé qué hacer, su madre está aquí, acaba de entrar en la habitación –las palabras me salían muy rápido, me sentía muy nerviosa y no podía dejar de llorar.

Gael trataba de calmarme con palabras muy dulces, él también se encontraba afectado. Quería mucho a Raquel, era una muy buena amiga de él y sabía que era como mi hermana, esa que la vida biológicamente no me había dado.

–Por favor, mantén la calma preciosa. Ya salgo para allá –Gael con sus palabras me llenó de fortaleza, necesitaba estar fuerte y había logrado calmar un poco mi preocupación.

Mientras esperaba a Gael, la señora Amanda venía llorando del pasillo que conducía a terapia intensiva. Me levanté y salí a abrazarla y nos sentamos en la sala de espera.

–¿Cómo la vio, ella está bien? –le pregunté con un nudo en la garganta, evitando llorar para no angustiarse más.

–La vi desde lejos Abril, está rodeada de máquinas y tubos –me iba diciendo mientras se abraza fuertemente a mí y lloraba.

Me sentía destrozada al verla así. Era devastador pensar en cómo pasan las cosas en fracción de segundos. Mi móvil repicó y era mi madre, me levanté para contestar y de esa manera poder mencionarle lo que le estaba ocurriendo a Raquel.

Me senté en la entrada del hospital y desde ahí lloré y lloré, mientras mi madre me escuchaba. Para ella, Raquel era una hija más. Siempre la vio así, ella se tenía ganado el cariño de mucha gente que la conocía. Después de algunos minutos, me despedí de mi madre y quise entrar para acompañar a la señora Amanda.

De pronto, escuché la voz de Gael y me detuve. Estaba estacionando el coche. Se bajó corriendo y nos abrazamos muy fuerte, tan fuerte que por un momento quise que el tiempo se detuviera. Sus brazos me daban tanta seguridad, que sentía temor de caer si me soltara. Me besó tiernamente y entramos juntos a encontrarnos con la señora Amanda. Gael me tomó de la mano y así íbamos por el pasillo, no me disgustó que lo hiciera.

–Señora Amanda, le presento a Gael. Es un buen amigo de Raquel y también

trabajan juntos –le dije con la voz muy sentida por el dolor.

–Lamento que nos conozcamos en esta situación mi señora –le dijo Gael, mientras le extendía la mano.

La señora Amanda se iba a levantar para saludarlo, pero Gael no permitió que lo hiciera y bajó hasta ella y la abrazó. Yo me quedé viendo al doctor que se acercaba hacia nosotros.

–Lo siento mucho, Raquel tuvo otro paro respiratorio y no resistió. Hicimos todo lo que tuvo a nuestro alcance –el doctor se dirigió a la señora Amanda, le dio esa trágica noticia mientras le colocaba su mano en el hombro.

Todo fue muy brusco, muy rápido, sin tacto. La señora Amanda cayó en el suelo, desmayada por la fuerte impresión de la noticia. Mis lágrimas caían sin parar. Gael salió a auxiliarla a la señora mientras el doctor gritaba a las enfermeras que trajeran una camilla.

–¡Tiene pulso! –dijo el doctor mientras la tocaba por todas partes.

No podía soportar tanto dolor. Saber que mi amiga, mi hermana había muerto sin una enfermedad, sin padecer de algo, me puso muy mal. Gael ayudó a las enfermeras y al doctor a subir a la señora Amanda a la camilla e inmediatamente se la llevaron para evaluarla.

Me abracé a Gael y sin parar de llorar, le pedía que me dijera que era mentira, que era un mal sueño. Gael no tenía palabras, solo se veía que también sentía mucho dolor. El escenario se sintió muy sombrío. A los minutos, el doctor se acerca nuevamente y no quería escuchar lo que tenía que decir. Abracé fuerte a Gael para no verlo. Pero dio buenas noticias, la señora Amanda solo había sufrido un desmayo. Gael le preguntó que había pasado exactamente con Raquel, nos parecía algo muy increíble la forma tan repentina de su muerte.

–Raquel tenía una enfermedad en sus pulmones, desde hace años. Nunca quiso hacerse un tratamiento, le dimos varias opciones, pero se rehusó a aceptar alguno de ellos –nos dijo el doctor y nos dejó sin palabras.

Raquel, nos había ocultado su enfermedad. Pudimos haber hecho algo por ella, pero se dejó morir. Sé que lo hizo para reencontrarse con su esposo en la eternidad, pero se va y quedamos con un gran vacío. Mi amiga, ahora muerta, me ha dejado un gran ejemplo de amor.

Gael, no se separó de mí ni un instante. Me abrazaba y apenas podía me tomaba las manos y me hacía sentir que estaba conmigo. Esperamos que la

señora Amanda pudiera colocarse de pie y nos marchamos hasta su casa. Estando ahí, le entregué el bolso de Raquel y su chaqueta que había dejado esa tarde en el coche. Tuve que armarme de valor para dar la noticia a su familia porque la señora entró en llanto. No me pude contener las lágrimas y Gael tomó el control de la situación.

En el hospital nos avisaron, que al día siguiente harían entrega del cuerpo a la funeraria que tenía contratada Raquel. Gael y yo nos retiramos y él me siguió en su coche hasta mi casa. No me quiso dejar sola, estaba realmente afectada por todo lo ocurrido.

—Preciosa, voy a prepararte un café. Quédate sentada, que yo reviso en tu cocina dónde están las cosas necesarias —Gael me hacía sentir su apoyo y cómo me cuidaba.

Raquel había hecho todo bien, hasta sus últimas horas de vida. Realmente lo había planificado todo. Logró convencerme de que Gael era un buen hombre y que le gustaba para mí. No es que gracias a ella yo me haya dado cuenta de eso, lo sabía, pero por mi negación a enamorarme, no quería aceptarlo.

Gael estaba aquí, conmigo, sufriendo el mismo dolor por la pérdida de nuestra gran amiga y hermana. Mientras yo estaba pasmada, llorando, él con su gran personalidad me preparaba un café. Tan solo con su presencia, me demostraba su apoyo. A los pocos minutos, se acerca Gael con dos tazas de café y se sienta a mi lado.

—Llora si eso te va a aliviar el dolor, mi vida. Pero recuerda que Raquel quiso que las cosas pasaran así. Quizás por eso es que no le habló a nadie de su enfermedad —mientras me entregaba la taza de café, intentaba con sus palabras, calmar toda la angustia y el dolor que la tragedia nos había dejado.

Bebí mi café y me recosté de su pecho. Gael se sensibilizó tanto, estaba tan afectado que lloraba en silencio. Yo, recordaba cada minuto junto a ella y sobre todo, los últimos momentos en el café. Mi alma estaba hecha pedazos. Era como si me hubiesen arrancado una parte importante de mi vida. Como le hubiesen cortado unas páginas a mi historia. Me faltaba algo y tan solo era saber que Raquel estaba ahí para mí.

Me refugié en Gael, me aferré con mis brazos a su cuello. Él, me acariciaba el cabello, me pedía que llorara y sacara todo el sentimiento de dolor.

—Debes descansar mi vida, me voy a retirar y paso por ti en la mañana para

que vayamos a la casa de la señora Amanda, así vemos en que podemos ayudar –se puso de pie mientras se despedía.

–Por favor, no te vayas Gael. Quédate conmigo esta noche, no me dejes sola, por favor –mientras lloraba y abrazaba a uno de los almohadones del sofá, le pedía a Gael que se quedara, con mis ojos bañados en lágrimas.

–Claro que sí mi vida, aquí me quedaré para acompañarte. Pero, ya no llores más por favor, me parte el alma verte sufrir así. Raquel donde quiera que esté, debe sentirte triste y creo que no le gustaría vernos llorar por ella –me abrazó y así nos quedamos por unos minutos.

Para Gael fue un poco sorpresivo que le haya pedido que se quedara conmigo, pero esta vez no quería que se sintiera rechazado, más bien involucrarlo en mi vida, como lo hubiera querido Raquel. Ella se convirtió en el tema principal de la noche, solo de ella podíamos hablar.

Gael, fue tan dulce, cada lágrima que salían de mis ojos, trataba de detenerle con sus manos. Me miraba tan tiernamente, aunque con sus ojos enrojecidos, no podía ocultar que estaba muy adolorido.

No medimos el tiempo, pero era bastante tarde. No teníamos apetito, así que no comimos nada esa noche. Me levanté del sofá y le tendí la mano a Gael, invitándolo a pasar a mi habitación. Era obvio que no íbamos a dormir en la sala. No tomé en cuenta si iba a pensar mal, pero debíamos descansar y es por mí que él se había quedado.

Capítulo VII

En casa no tenía nada para que Gael se cambiara. Sentí algo de pena y no me quise poner el pijama. Nos recostamos en la cama, nos quitamos los zapatos y nos abrazamos hasta quedarnos dormidos.

No sé cuánto tiempo pasó después de quedarnos dormidos, lo cierto es que Gael despertó y me abrazó, me dio un beso en la mejilla y acercó su cuerpo junto a mí. Yo vi el gesto, me di media vuelta y compartí mi cobija con él. Se quedó mirándome como siempre, tiernamente, yo le correspondí con una sonrisa, en ese momento nos besamos, dulcemente.

Sus labios estaban tibios, me besaba y sin alejarse mucho, me volvía a mirar, como tratando de ver mi reacción, como si lo fuera a detener. Lo hizo una y otra vez, hasta que el beso se alargó. Sin que eso me incomodara, lo dejé continuar. Su mano tomó mi cuello, la otra estaba limitada con su cuerpo

porque estábamos ambos de un solo lado. De pronto, con un giro, se subió encima de mí, y con sus dos manos me acarició mi rostro y continuó besándome, como aquella primera vez en el restaurant, tierno y suave.

No hubo palabras, no quise interrumpir el momento, él tampoco lo hizo. El momento estaba ahí, era ese el día marcado para estar juntos. Gael acariciaba mi cuerpo como si se tratara de una fina seda, de una hermosa rosa. Me sentí tan delicada que había olvidado lo que era hacer el amor. Tenía tanta sutileza mientras me despojaba de mi ropa, yo trate de quitarle la de él, pero besaba mis manos y las hacia retornar a la cama, como diciéndome que disfrutara, solo eso.

No faltó ni sobre nada, todo fue tan tierno. Gael me hizo sentir amada, como en mucho tiempo no lo había sentido. Hubo una compenetración real, con cada movimiento, el buscaba mi mirada y me besaba. Disfruté, disfrutamos, hicimos el amor.

Me entregué a Gael, en medio de la tristeza por la desaparición física de Raquel, pero el sentimiento estaba ahí y fue muy real.

—Te quiero Abril. Descansa mi vida —se colocó a mi lado, me abrigó con la cobija y me dio uno de sus acostumbrados besos.

Gael se abrazó a mí y yo me quedé sin palabras, pero correspondí a ese abrazo y me refugié en su pecho una vez más. Era tanta la seguridad que ese hombre me inspiraba, que sus caricias me hicieron retomar la tranquilidad sentimental que había perdido con Antonio.

El amanecer se dio en silencio, a pesar de que el amor se sentía en la habitación. El sol entró despacito por la ventana de la habitación, nos despertamos con el trinar de las aves. Abrí mis ojos y Gael estaba ahí, mirándome con el azul cielo de sus ojos.

Nos esperaba el inicio de una semana marcada por el dolor y la angustia. Mis ojos estaban hinchados por el llanto y una jaqueca dio paso a que brotaran nuevas lágrimas, recordando la muerte de Raquel.

Gael, no podía hacer más que tratar de calmarme y su dulzura, lograba por un momento quitarme el pesar y la angustia. Me senté en la cama y cerré los ojos, trataba de quitar de mi pensamiento lo que me esperaba al llegar a la funeraria y ver a mi amiga ahí, en un cajón. Coloqué mis manos sobre mi cabeza y comencé a hacer gestos de negación.

–Estoy aquí, contigo, te daré todas mis fuerzas si ha de ser necesario
–mientras me abrazaba, Gael me hacía sentir todo su apoyo.

–Gracias mi vida, gracias por todo y por la bonita noche –lo abracé fuertemente y me levanté.

–Ve a cambiarte, yo te espero aquí mientras me visto. Así me acompañas a mi casa, debo cambiarme esta facha para ir a la funeraria –se levantó y se iba vistiendo delante de mí.

No pude evitar mirarlo. Detallé cada musculo de su cuerpo, se conservaba muy bien para su edad. Sus piernas y brazos muy bien formados y su abdomen era de ensueño. Me gustaba todo de él, su trato, sus besos, su forma de hacerme el amor y su cuerpo. Él sonrió, sintió algo de vergüenza, pero había confianza. Era nuestra primera vez juntos, mientras yo, parecía una momia cubierta con la sabana. Fue un momento muy gracioso para mí, me gustaba mi cuerpo, pero sentía pudor en el momento. Me fui hasta el baño y me duché un buen rato. Cuando salí, Gael había preparado café y una tortilla que olía muy buen.

–Dejé todo preparado en la cocina para desayunar antes de irnos, mi vida
–entró a la habitación y se sentó en la cama para esperar que yo me arreglara. Que detalle tan bonito, jamás un hombre me había atendido de esa manera y menos en mi casa, cuando yo debía hacer todo para complacer. Me costaba un poco halagar a un hombre, por aquello de que si halabas mucho, al final se daña la buena acción, pero este momento, bien valía la pena.

–Gracias mi vida. Agradezco mucho tu apoyo y valoro que estés aquí –me acerqué a la cama donde estaba sentado Gael y le di un dulce beso.

Aun con la toalla cubriéndome el cuerpo, abrí el closet para buscar una ropa acorde para despedir a mi amiga. Saqué un vestido fresco, azul marino, a Raquel no le gustaba la ropa negra y ese vestido ella me lo había regalado en uno de mis tantos cumpleaños. Me decidí por él en su honor.

Delante de Gael, dejé caer la toalla sobre la cama. Sabía que me estaba observando, pero quise darle una mejor vista de mí. Al despertar solo vio a una momia enrollada en tela y ahora a una ninfa recién salida del agua.

–Me gusta la vista desde aquí, todo lo que veo de ti me gusta. Gracias por darme la dicha de ganarme tu confianza para estar en este momento junto a ti. Gracias por dejarme entrar de a poco en tu corazón –bellas palabras de Gael,

las cuales cerró lanzándome un beso y guiñando su ojo izquierdo.

Fue un momento de picardía, muy agradable. Pero la tensión se sentía en el ambiente por lo que nos esperaba en la funeraria. Me vestí con calma y nos acercamos a la cocina.

—Esta tortilla está deliciosa, mi vida, gracias por esto —le agradecí con un corto beso. Realmente estaba muy bueno el desayuno.

—Me gusta la cocina mi vida, ya tendremos suficiente tiempo para compartir. Nos queda mucho por hablar de nuestras vidas —lo dijo de una manera tan segura, que creí en verdad que todo con Gael iba en serio.

—Claro que sí, ya tendremos tiempo mi vida —terminé de degustar la tortilla y me levanté a recoger la mesa.

Nos fuimos a casa de Gael, desde ahí llamé a la directora de la academia para notificar que me tomaré unos días por la muerte de Raquel. Gael había llamado en la noche a su jefe y todos en su oficina iban a su funeral.

Se nos había ido casi toda la mañana. Pasamos por la casa de la señora Amanda para ver en que podíamos colaborar, pero ya se habían ido. Dejaron una nota en su puerta, con los datos de la funeraria donde estaría mi amiga. Me entró un frío en los huesos y el viento sopló fuerte, levantando las hojas del cuerpo. Era como si Raquel estaba ahí, haciéndose notar.

Llegamos a la funeraria, todos lloraban. La señora Amanda estaba desconsolada. Todos me preguntaban cómo habían pasado las cosas y tuve que repetirlo una y otra vez. En el altar, estaba el cajón marrón con plateado. Había muchos lirios blancos y grandes velas blancas. Un grupo de música lírica se escuchaba de fondo, con música gregoriana. Poca gente con ropa negra, imagino que no la conocían tan de cerca, porque ella no usaba ese tono.

Estaba evitando acercarme a verla, por última vez. Gael estaba conversando con su grupo de trabajo y notó mis intenciones de acercarme al ataúd. Inmediatamente se me acercó.

—Vamos preciosa, estoy aquí contigo, no lo olvides. Vamos para que te despidas de Raquel —me tomó del brazo y yo no me pude contener.

Me fui caminando con Gael del brazo, lentamente nos fuimos acercando al altar. Ahí la vi, pálida, sin vida. Con una sonrisa dibujada que imagino fue hecha por los que prepararon el cadáver. Pero estaba preciosa, como ella era.

Diera todo por verla despertar y levantarse de ahí y que saliéramos corriendo a jugar con el viento, como lo hacíamos desde niña, pero eso era un imposible, ya ella no iba a regresar.

–Nos volveremos a ver Raquel. Míranos bien, aquí estoy con Abril, como tú siempre imaginaste que sucedería. Gracias por tanto cariño, te voy a extrañar Raquel –le decía Gael a Raquel, como si ella en verdad lo estuviera escuchando.

–Hermana, debiste haberme dicho lo que te sucedía, pero respeto como hiciste las cosas, siempre a tu manera. Trataste en todo momento de no vernos sufrir con tu enfermedad, fuiste un gran ejemplo de vida, de amor. Gracias por haber sido mi amiga y mi hermana –le coloqué un lirio blanco sobre su pecho y abracé a Gael para llorar sobre su pecho.

Los organizadores del lugar, entraron a decir que en pocos minutos iban a retirar el féretro para llevarlo hasta la última morada. Llegaba el momento de despedir para siempre a mi amiga, sentí una presión en el pecho. Este iba a ser el momento más duro para todos.

Así fue, nos fuimos todos caminando, detrás del carro fúnebre. El dolor me hacía verla sentada en la parte trasera de ese coche, moviendo su mano, como despidiéndose de todos, pero estaba feliz. Eso me hizo sentir tranquila y recordé su sonrisa para grabarla en mi memoria por siempre.

El cura comenzó a decir unas palabras que leía desde su biblia, todos lloraban, yo decidí no hacerlo ahí. Sabía que Raquel iba a reencontrarse con su único y gran amor, ya deben estar juntos y felices en la eternidad.

El ataúd lo bajan poco a poco, los presentes se despedían y le lanzaban flores hasta el fondo del profundo hueco. El viento volvió a hacer de las suyas y levantaba las secas hojas del suelo dentro de un sutil remolino. Había muchas mariposas azules, ella se hacía presente, ella se despedía feliz.

Gael no se separaba de mí. Mirábamos desde lejos a la señora Amanda. Mi madre no pudo venir porque estaba complicada con una entrega de última hora de repostería, pero sé que le duele la muerte de mi amiga.

El grupo de trabajo de Gael y Raquel, se acercaron a mí y el jefe le pidió a Gael que se tomara la semana. Había decretado esa semana libre por tan irreparable pérdida. Raquel jugaba un rol muy importante en esa empresa y será difícil reemplazarla.

Todos se iban retirando del lugar mientras le terminaban de colocar la tierra para tapar el hueco. Nosotros decidimos quedarnos un rato más, pero comenzaron a caer unas gotas de agua, anunciando que la lluvia se acercaba. Decidimos irnos también, nos despedimos y nos subimos al coche. La tarde estaba gris, la lluvia se encargó de poner su toque de tristeza. Sinceramente no quería ir a mi casa, no quería sentirme sola, no quería llorar más a Raquel, no merecía tanta tristeza.

–Vamos a mi casa mi vida –Gael no dijo más palabras y me abrazó, al mismo tiempo que tomaba su volante con la otra mano para manejar.

Asentí con la cabeza, para decirle que estaba de acuerdo. Ya no me salía la voz y me dolían mucho los ojos. Me sentía cansada como deshidratada, después de haber ido a la playa y haber tomado mucho sol.

Llegando a la casa de Gael, me llegó un mensaje a mi móvil. Pensé que era mi madre y no, era Antonio. Me escribió porque se había enterado de lo ocurrido con Raquel y necesitaba saber cómo me sentía ante la pérdida.

Inocentemente le respondí para de alguna manera resumirle lo sucedido. Al final, él también compartió con Raquel muchos buenos momentos. Y por supuesto le comenté que me sentía realmente mal y hasta le di las gracias por escribir. Había pasado un mes desde que habíamos terminado con nuestra relación y si en poco tiempo ya me sentía bien con Gael, era porque ya ese amor con Antonio se había terminado.

Dicen que lo mejor es lo que pasa y terminaré pensando que ha de ser así. Si me hubiera casado con Antonio, no iba a ser una mujer feliz, menos mal que estuve en el momento indicado cuando lo vi con aquella mujer y el día indicado que conocí a Gael. La vida está llena de sorpresas.

En el camino, habíamos comprado pizza, para no llegar cocinando a casa de Gael. No quise llegar y sentarme a esperar que él me atendiera. Quise devolverle todas las atenciones que había tenido conmigo estos días.

–Déjame ayudarte mi vida, quiero sentirme útil –le dije, mientras buscaba en la cocina unos platos y servilletas.

Por más que quise, Gael no me dejaba hacer las cosas sola. Me ayudaba en todo momento y me decía que en equipo se trabaja mejor. Me gustaba su forma de involucrarme. A pesar de haber venido solo un momento en la mañana, me sentía como en casa.

Comimos relajadamente y no tocamos el tema de Raquel. No era olvido, era la necesidad de nuestra mente, de no terminar de aceptar lo que había sucedido.

La madre de Gael lo llamó a su móvil y yo me alejé un poco para darle privacidad. Me fui hasta la sala. En la mañana no tuve tiempo de detallar mucho las cosas. Había muchas fotos en las que estaba Gael y una hermosa mujer. Me dio escalofrío en el estómago. Recuerdo que Raquel me comentó que Gael había enviudado y supuse que ella era su esposa.

Me entró la duda de saber si algún la seguía amando o si tan solo era que no quería borrar su recuerdo. Estaba en todas partes, como si se tratara de una película en fotos. No voy a negar que sentí celos de ese recuerdo, aun la debe amar, es lo que pensé.

Si Gael la amaba, entonces trataba de cubrir un poco esa ausencia conmigo. Eso Raquel no me lo había dicho. Pero tantas fotos me daban indicios de que la sigue teniendo presente. Me convertí en psicóloga de mí misma, preguntaba en mi mente y respondía a mi conveniencia. Gael volteaba a mirarme en cada momento, pero yo le sonreía para que no notara el signo de interrogación que sentía sobre mi cabeza. Cuando terminó la llamada con su madre, se acercó a mí. Me tomo de la mano y me llevó hasta el sofá.

Capítulo VIII

—Pregúntame lo que quieras y aclara todas las dudas que tengas sobre mí —como si supiera todo lo que me ha venido a la mente, Gael se adelantó con sus palabras.

—La mujer de las fotos ¿es alguien importante en tu vida? —sin ninguna vacilación y de lo más tranquila, le pregunté como si Raquel no me hubiera comentado nada al respecto.

Gael se levantó, se acercó hasta uno de los rincones donde había más fotos. Buscaba y buscaba entre varias, como tratando de escoger una en particular. No decía nada, yo solo lo observaba. Estaba tranquilo, no se exaltó y en ningún momento lo vi ponerse nervioso, en cambio yo, si estaba nerviosa con la respuesta que me iba a dar. Cuando al fin, encontró con la foto que buscaba, se volvió a sentar a mi lado.

—Ella es Rocío, mi primera esposa. Murió hace dos años en un accidente de tránsito, mientras veníamos de ver una obra de teatro. Estaba lloviendo fuerte

y el carro se desvió sin poder controlarlo. Chocamos contra una montaña y ella recibió un fuerte golpe en la cabeza, murió instantáneamente. Desde ese entonces, he estado solo –mientras me mostraba las fotos, Gael iba narrando lo que sucedió con su esposa –No había conseguido ver en otra mujer lo que me había hecho enamorar de Rocío, hasta que te conocí a ti, esa noche en casa de Raquel –Gael hablaba de ella tan bonito y luego me decía lo que sintió al verme que me sentí como un globo inflado con helio, flotando. Puso las fotos en la mesa y me tomó las manos.

–Lamento tanto que hayas pasado por esto mi vida –le dije y lo abracé –Ella todavía sigue presente aquí y en ti. Su recuerdo está en todas partes –traté de que los celos no se notarán al decirle eso.

–Ella sabe donde quiera que esté que si yo encontraba a una mujer que me hiciera sentir un sentimiento especial, el recuerdo solo lo guardaría en mi corazón. Creo que esa persona especial la encontré y eres tú Abril –me miró y me beso con dulzura.

Su respuesta me tranquilizó mucho. Qué más podía haber pedido en ese momento. Pero no podía negar sentirme como una intrusa en casa de Gael. Era como si ella, como si Rocío me estuviera vigilando. Solo esperaba que en la habitación no estuviera uno de sus retratos, porque no podría dormir con su recuerdo también ahí.

–Gracias por esas palabras, mi vida –le iba diciendo, mientras tomaba una de las fotos que colocó en la mesa –Rocío, yo también siento algo muy especial por Gael y te prometo que lo voy a cuidar y lo voy a llegar a amar tanto o como tú lo hiciste –le hablaba al retrato y con la intención de que Gael se diera cuenta que también sentía mucho por él.

Parecíamos estar dando un discurso de graduación, entre darnos las gracias por sus palabras y por las mías, pero fue muy reconfortante que hayamos aclarado las cosas, al menos por su lado, aún faltaba que Gael supiera lo que me ocurrió con Antonio. Espero que no me juzgue al ver que tan solo pasó un mes desde que me había separado de él. Quizás cuando Gael se entere, piense que no me encuentro preparada para una nueva relación sentimental.

–Voy por unas tazas de café. Ya regreso mi vida –se levantó y en cuestión de minutos regresó con dos tazas de café.

Me sentía nerviosa, pensando que me iba a preguntar por mi pareja anterior.

Las manos me temblaban un poco y por tonta, me derramé el café sobre el vestido.

—¿Estás bien mi vida, te quemaste? —preguntó preocupado mientras con una de las servilletas trabaja de secar mi vestido.

—Estoy bien cariño, no sé en que estaba pensando —claro que sabía en qué estaba pensando, pero echarme el café encima no fue intencional.

Quedé oliendo a café y no era nada agradable. Gael me pidió el vestido para lavarlo inmediatamente. Yo pasé al baño y me metí rápidamente en la ducha. Me sentí abochornada, pero me salió bien, pude cortar el tema de una sola vez. Salí de la ducha y me coloqué la bata de baño de Gael y salí hasta la sala donde él estaba. Cuando me vio, se levantó inmediatamente.

—Mi vida, déjame buscarte algo para que te quites eso. Ven a mi habitación —me abrazó por la espalda, dejándome sentir su pecho caliente sobre mi espalda, que aun cubierta con la bata, podía sentir su temperatura corporal.

Gael buscó en su gaveta, una de sus franelas de dormir y me la entregó. Me la coloqué sin nada debajo, porque no traía sujetador y el panty se la entregué para lavar. Justo en esa zona es que se me derramó todo el café.

Cuando miró que me coloqué la franela y debajo solo estaba mi cuerpo desnudo, se acercó algo emocionado, porque lo pude notar en su parte íntima que algo se estaba levantado. Me besó y dijo que se iba a duchar para ponerse cómodo. Yo me metí debajo de la sabana para abrigarme, realmente estaba haciendo mucho frío.

Aproveché que estaba ahí sola, y miré hacia todos los rincones, buscando alguna foto de Rocío y no, no había ninguna dentro de la habitación. Me recosté cómodamente y comencé a recordar a mi amiga, las lágrimas salían solas, pero luego su sonrisa venía a mi mente y sabía que estaba feliz. Prendí la televisión y comencé a pasar los canales, buscando algún tema interesante. En eso, entra Gael con la toalla a media cintura y con una toalla de mano secándose el cabello.

Era tan sexy y varonil, su figura me hacía recordar a la escultura de adonis y claro, yo sería una Venus. Sonreí al ver las tonterías que pasaban por mi mente, pero no podía hacer menos ante tan imponente imagen. No sentía un morbo sexual por él, pero era evidente que Gael era un hombre diferente a mis ex.

–¿Tienes frío, mi vida? Te voy a buscar una cobija, aunque ya me voy a acostar a tu lado, para darte calorcito –con una sonrisa pícaro se fue a la otra habitación a buscar la cobija.

Yo no terminaba de aceptar que después de negarme a aceptar a Gael, hoy estuviera aquí, sintiéndome consentida por él. Regresó con la cobija, se puso un short y se subió a la cama. Nos arropamos muy juntitos. Cuando me abrazó debajo de la sábana, sus manos tocaban con suavidad mi desnudo cuerpo, comenzó a besar cada una de mis partes y por segunda vez terminamos haciendo el amor, con un poco de más pasión, pero sin quitarle el mérito a lo tierno y delicado de sus movimientos. Nos compenetrábamos de una manera inigualable, teníamos mucha química sexual y eso era un complemento muy fuerte para mí y podía sentir que para él también.

A pesar del frío, nuestros cuerpos juntos, generaron calor. Pude sentir sus gotas de sudor en el pecho cuando terminamos de hacer el amor. Fue maravilloso, me repetía te quiero, te quiero en cada momento y eso lo hacía especial.

–Mi vida, ¿puedes quedarte estos días aquí? Claro, mientras pasamos el duelo juntos por lo de Raquel –me lo pidió con la intención de estar juntos, pero sabía que también lo hacía para que no me sintiera sola.

–Bueno, creo que si... –le respondí con algo de duda. Me parecía muy pronto. Pero después de 10 años perdidos, no tenía ganas de que pasara más tiempo para vivir la vida –Si, si mi vida. Pasemos mañana por la casa, así busco algo de ropa. Gracias Gael, por no dejarme sentir la ausencia de Raquel.

Nos abrazamos y el estar tan cerca me daba mucha paz, cada vez más lo confirmaba. Podía sentir su respiración detrás de mi cuello, me gustaba su olor, sus fuertes brazos rodeando mi cintura. Nos quedamos dormidos toda la noche. No hubo una madrugada ardiente, pero quedamos tan satisfechos entre caricias y besos al hacer el amor, que eso dio paso al profundo sueño.

En la mañana, nos vestimos muy rápido porque Gael quería que fuéramos al zoológico. Pero antes teníamos que ir a la casa para ponerme ropa adecuada y preparar un pequeño equipaje por los días que iba a estar en su casa.

Cuando llegamos a mi casa, Gael entró a la cocina a preparar café. Yo me fui directo a la habitación a cambiarme. Cuando estaba preparando el equipaje,

sonó el timbre de la casa. Inmediatamente salí y me asomé por el ojo de la puerta y casi me caigo de nalgas. Era Antonio, sí, mi ex estaba afuera y a mí casi se me salían los ojos de las orbitas por el asombro. No sabía qué hacer porque Gael estaba en la cocina y quién sabe cómo reaccionaría Antonio al ver que un hombre estaba aquí.

En cuestión de segundo, reaccioné ¿por qué tenía que preocuparme? Si él y yo, ya no teníamos nada. En eso volvió a llamar a la puerta y abrí de inmediato.

—Hola princesa, ¿cómo te sientes? —el muy descarado de Antonio me seguía diciendo de esa manera, como si no hubiese pasado nada, como si no se hubiera cortado toda relación entre nosotros.

—¿Princesa? Espero no volver a oír eso de ti jamás. Estoy bien, Antonio ¿Y eso, tú por aquí? —le respondí normal pero irónicamente para hacerle entender que no era bienvenido.

Justo en ese momento, Gael me llama desde la cocina:

—Abril, no consigo el azúcar ¿se terminó, mi vida?

—¿Estás con alguien, Abril? ¿Quién está ahí? Antonio levantó la voz y puso su mano en la puerta como para apartarme y entrar, pero me atravesé y le pedí que se fuera.

Gael, al ver que no le respondí, salió de la cocina y se acercó a la puerta. Ese momento, deseé que ese instante fuese tan solo una mala caricatura, que con solo un buen borrador, pudiera eliminar a uno de los personajes y ése sería a Antonio.

Cuando vio la cara de molestia de Antonio y mía, era obvio que notara que algo estaba pasando.

—¿Todo está bien, mi vida? —preguntó Gael y puso su mano sobre mi cintura.

Estaba nerviosa, si, pero era porque yo no quería que Gael malinterpretara mi historia con Antonio. Estuve evadiendo contarle mi historia, pero no quería que se enterara así, de esa manera.

—¿Mi vida? ¿Quién es él, Abril? —preguntó Antonio, como si aún tuviéramos una relación.

Cuando hizo esas preguntas, me armé de valor, porque nada le daba permiso de tomarse esas atribuciones y si él pensó que al pasar los días íbamos a

regresar, se equivocó. Nada, solo traté de arreglar la torcida situación.

–Gael, él es Antonio, mi ex. Vino a saber cómo estaba, se enteró ayer de la muerte de Raquel y me escribió. Yo le respondí, pero no pensé que vendría hasta aquí –quedé regia con mi respuesta. Dije toda la verdad, lo único que oculté fue el tiempo, pero eso era algo para conversar en privado con Gael.

Gael me miró como cuando no entiendes nada y yo pensé que había resuelto el mal momento. Sin embargo, le extendió la mano a Antonio y éste se negó a saludarlo. Que bochorno y cuanta inmadurez de parte de Antonio. En ese momento, vi que todo iba a terminar muy mal.

–¿Qué fácil me olvidaste, Abril? Hasta hace un mes nos íbamos a casar y ya estás aquí con otro que te dice mi vida –dejó a Gael con la mano extendida y se fue como un gran hombre herido, el muy infiel.

Me dejó con todo un rollo armado. Sabía que tenía mucho que explicarle a Gael. El momento había llegado, ese momento de miedo a que sienta lastima por mí.

–¿Qué significa esto? No entiendo nada, Abril –dijo Gael, mientras me miraba y giraba su cabeza como si tratara de mover su cerebro que había pensado miles de cosas a la vez.

Cerré la puerta y traté de serenarme. Entré a la cocina y busqué el azúcar. Necesitaba un café para poder sentarme y relajarme. Gael miraba que yo no hablaba, solo con mucha calma, busqué dos tazas, serví los cafés y lo invité a la mesa.

–Antonio, es un pasado que no quiero recordar. Pero llegó el momento de decirte parte de ese pasado –le comenté a Gael para iniciar.

–¿Te ibas a casar con él hace un mes? –creo que eso fue lo que más le intrigó a Gael, por su reacción de asombro al preguntarme justo eso.

–Si, me iba a casar y yo rompí todo nexo con él cuando lo vi con otra mujer en su casa. Pero antes de eso, también me había sido infiel con su secretaria. El amor desde ese entonces, se había terminado. Decidí perdonarlo, pero nunca olvidé y la mancha de esa infidelidad siempre estuvo presente. Con el tiempo, ya era costumbre el estar juntos. No había magia, no había química entre nosotros. Parecíamos una pareja emparentada por cosas comunes alejadas del amor –le conté cada detalle.

Gael, me escuchaba muy atento. Esperaba que no me hiciera un juicio al

terminar la historia, era mi mayor temor. Le hice mención de todo lo que viví con Antonio. Busqué un punto fijo en la pared para no desconcentrarme con su mirada de dudas, pero de vez en cuando buscaba mirarlo a la cara y veía que él me apartaba la mirada.

Terminé se contarle mi verdad, ya quedaba de parte de Gael pensar y hablar que va a pasar entre nosotros. Sentí un nudo enorme en la garganta. Traté de tomar un sorbo de café, pero mi garganta se negaba a recibir algo dentro de ella. Quedamos en silencio, hasta que Gael lo rompió bruscamente.

—Ahora entiendo porque al principio me costó tanto que confiaras en mí y no te culpo. Solo te pido que me mires —me tomo sutilmente mi rostro con una de sus manos y me puso frente a él —¿Te sientes preparada para conocer la verdadera felicidad a mi lado? ¿Estas preparada para una nueva relación? —lanzó esas dos preguntas que me dejaron fría.

Quizás estas preguntas eran muy fáciles de responder. Para mí, el amor no tenía garantía, solo se trataba de vivirlo y no de acumularlo, no de esperar si no de aceptarlo al momento. La muerte de Raquel también me dejó una gran enseñanza, en cualquier suspiro se nos puede ir la vida y nos queda esto, el compartir, el sentir. Como negarme a ser feliz, a vivir algo diferente y con hombre diferente, sería una tonta si dejara pasar esta oportunidad.

Capítulo IX

—Desde el primer día que tomé la decisión, me sentí preparada para algo diferente. No buscaba el amor nuevamente y llegaste tú. Te ganaste mi confianza —mientras hablaba, Gael me tomaba la mano, esperando que mi respuesta le fuera favorable.

Hice una pausa y después de sentirme un poco más tranquila, pude beber un sorbo de café. Me tomé mi tiempo y continúe. Gael, solo me observaba y escuchaba.

—Siempre tuve miedo a que me enjuiciaras por haber aceptado salir contigo tan pronto había terminado con Antonio, pero en verdad, ya no lo amaba, haberlo visto esa noche con esa mujer, fue lo mejor que me pudo haber pasado. Con respecto a tus preguntas, mis respuestas son sí. Me siento preparada y mis sentimientos están muy sólidos para entregarme a ti e iniciar desde cero —lo miré y esperé su reacción.

Gael me soltó la mano y se levantó para abrazarme y me daba besos como

loco, fue un momento mágico.

—¡Bienvenida a mi vida, Abril! Quiero que sepas que no quiero ir lento contigo, que nos dejemos llevar por la vida, que no nos importen los comentarios de las demás personas —mientras me elevaba entre sus brazos, me iba diciendo alegremente lo que pensaba.

Al final, la visita inoportuna de Antonio me ayudó a abrirme y contarle mi verdad a Gael. Todo en esta vida tiene una razón maravillosa, pero tenía incertidumbre de comenzar de nuevo, eso incluía a la familia, principalmente nuestras madres. Pero acepté el reto de no hacer caso a las demás personas, si acepté, es porque no permitiré que haya terceros involucrándose, ese fue uno de los errores que cometí al estar con Antonio. Todo el mundo opinaba cuando él y yo teníamos algún inconveniente y todo porque le permitimos que intervinieran y eso no debe pasar en ninguna relación.

Después de todo el acontecimiento con Antonio, terminé rápidamente de hacer el pequeño equipaje. Le coloqué un poco de agua a mis plantas y nos fuimos hasta el zoológico de contacto a distraernos un poco. Comencé a sentirme parte de la vida de Gael, me agrada el hecho de hacerme sentir bien en todo momento, por encima de él. No había excusa alguna para no vernos y para no compartir. Cuando estábamos comprando el alimento para darles a los canguros, sonó mi móvil y no quise tomar la llamada porque pensé que era Antonio, pero como iba a ser de mal gusto el no responder por Gael, decidí sacar el móvil y era mi madre.

No me quise apartar de Gael, le resumí como había estado el funeral de Raquel y de cómo me sentía en este momento. También le dije que tenía algunas cosas que contarle y que no se preocupara que me sentía más tranquila que ayer. Me despedí de mi madre y guardé el móvil.

Gael escuchó con cuanta confianza le hablaba a mi madre y preguntó cuándo la podía conocer. Ese paso era crucial porque al incluir a las madres en una relación, hacía ver la cosa más formal.

De todos los miembros de la familia del novio o la novia, las suegras son los personajes más tenebrosos que nos podemos imaginar. Pero siempre saldré a defender a mi madre, es la mujer más comprensiva del mundo, jamás ha intervenido en mis relaciones anteriores, es una santa mujer en ese sentido. Pero si la madre de Gael es como la imagen que me reflejó en el

supermercado, quizás sea una piedrita en mi zapato para nuestra relación.

De tanto pensar, quedé en silencio, pero retomé respondiéndole a Gael:

—Voy a hablar con ella mi vida, te estaré avisando para que vayamos juntos a su casa y así la conoces. Te va a agradar mucho, mi madre es muy dulce —le dije con una sonrisa —También quiero conocer a tu madre, la vi a lo lejos en el supermercado, me gustaría que la lleváramos a comer o algo que sugieras —por no decirle que su madre se veía muy exigente, tomé las palabras más sencillas para tratar de agradar.

—Mi madre es muy sencilla, mi vida. Le vas a encantar, ya verás —soltó una carcajada que me dio curiosidad si me estaba mintiendo para tratar de no ponerme nerviosa al conocer a su madre.

—Mi vida, eso sonó muy odioso, me estas intimidando —me sonreí, pero con cierto temor. Después que conozca a su madre, me sentiré tranquila. Sería como una prueba de canto, cuando la haces ya que importa lo que pase.

Dejamos de lado el tema de las suegras y decidimos continuar con nuestro recorrido animal.

Caminamos mucho, tuvimos la oportunidad de alimentar a algunos de los animales. Nos tomamos fotos juntos y realmente nos veíamos muy bien. De regreso, el camino se hizo muy pesado, sentía mis pies cansados, pero con el derecho podía jurar que tocaban las piedras del suelo. Si no fuera porque me había colocado unas botas, diría en el momento que estaba descalza.

Le pedí a Gael que descansáramos un rato y nos sentamos en un árbol que nos ofrecía una de sus raíces como asiento. El pie me dolía mucho y decidí revisar si algo con mi bota estaba ocurriendo. Cuando logramos sentarnos, crucé la pierna y la suela de la bota había desaparecido como por arte de magia. Gael se quedó mirando y yo moría de la vergüenza. No sabía si reír o ponerme a llorar como una niña, diciendo mi bota, mi bota.

—Mi vida ¿Qué le pasó a tu bota? —con un intento de burla, Gael me preguntó.

Su pregunta me molestó, era muy tonto al preguntar qué le había pasado a mi bota. Podía responder diciéndole que me despegué la suela porque mi pie tenía calor, o porque me habían recomendado un masaje con piedras en su solo pie, o podía mirarlo y gritarle en su cara que si no estaba viendo que se le ha caído la suela. Para no caer en un momento de ira, como no me suele

pasar, traté de reconocer la buena intención en su obvia preguntar. Pero mi respuesta tampoco iba a ser la más sincera, porque si algo es parte de la realidad es que esas botas eran del siglo pasado, muy viejas, pero las tenía guardada solo para ocasiones como estas. Todo tiene caducidad en la vida ¡Así que trágame tierra!

—Debe ser por el tiempo mi vida, se le ha caído la suela. Con razón sentía las piedras que rosaban mi pie y ahora me duele —me sonrojé de la pena.

¿Cómo me pudo haber ocurrido eso? Por más confianza que pueda existir no podía con tanta vergüenza. Ver la cara de preocupado de Gael, pero a la vez con una mueca en su rostro, no sé si me daba más rabia. Tenía la risa ahí atragantada, como si aguantara las ganas de ir al baño.

Me reí de mi mala suerte y él me siguió de inmediato con una carcajada. Qué más daba, no podía hacer nada más que burlarme de mí misma, así la anécdota no durará para siempre.

—Vamos mi vida, ánimo. No te pongas triste, esto le puede ocurrir a cualquiera. Vamos a la casa para que te cambies —me extendió su mano para ayudarme a levantar y nos fuimos hasta el coche.

Las piedras habían lastimado mi pie, estaba cojeando. Gael quería llevarme cargada en sus brazos, pero me sentía apenada y no quise llamar la atención de toda la gente.

Cuando llegamos a su casa, se bajó del coche y me levantó entre sus brazos, cual protagonista de una novela que se encuentra herida y fue rescatada por su héroe. Me llevó hasta dentro y ahí me dio primeros auxilios vendándome el pie. No era muy grave, pero si estaba algo lastimada.

—Gael, discúlpame. Arruiné el paseo —le dije con sentimiento de rabia hacia mí.

—Ya te dije que a cualquiera le pudo pasar eso mi vida, deja eso atrás. Voy a preparar algo para comer preciosa. Si quieres, enciende el televisor y pon algo de tu agrado. En unos minutos estaré contigo —me decía Gael desde la cocina.

Me levanté y tomé el control de una de las repisas de la sala. Estando ahí, la incomodidad me embargaba. Era como si Rocío me estuviera observando, como si vigilara cada movimiento. Encendí el televisor y seguí mirando a mi alrededor. Me preguntaba en qué momento Gael iba a guardar todos sus

recuerdos, pero no quería ser invasiva, ni tampoco pretendía que tratara de hacer algo que le fuera a doler. Necesitaba encontrar la manera de hacerle ver que sus recuerdos me incomodaban.

Y mencionando los recuerdos, aparece Antonio en mi móvil, con un mensaje de texto al estilo e-mail, muy largo. Ya intuía lo que iba a leer. No le di importancia y borré el mensaje de una vez.

Aproveché de ver las fotos que tomamos el día de hoy y le pedí a Gael que me prestara su portátil para descargarla y así tuviera una copia de lo bonito que nos había ido en el zoológico. Claro, era una estrategia para que tuviera fotos nuevas y junto a mí. A ver si se animaba de cambiar sus recuerdos del pasado por un presente que estaba corriendo.

—Aquí está mi vida. Te estoy abriendo un usuario para que la guardes en tu propia cuenta —me iba diciendo para hacerme sentir bien.

—Quiero guardar las fotos mi vida, y no son personales, son de los dos juntos. Me gustaría hacerte una copia en tu usuario —me sentí que lo estaba asfixiando y no quería que sintiera eso.

—Bueno mi vida, tienes razón —Abrió su usuario y me dio la clave por si se llegaba a bloquear.

Me sentí aliviada, tenía la clave de su usuario personal, lo que significaba que tampoco ocultaba nada en su portátil. Creo que lo que viví con Antonio, me había afectado de cierto modo mi seguridad como mujer y me estaba convirtiendo en una persona celosa. No quería que Gael sintiera eso de mí. Pero al final, no se termina apostando todo a la confianza, siempre es bueno dudar de algo. Guardé las fotos e inmediatamente cerré la portátil para no sentirme tentada a curiosear entre sus cosas, al final hay algo de cierto, el que busca, siempre encuentra.

Antonio, seguía insistiendo con sus mensajes, pero yo ignoraba y los borraba sin leerlos. No lo hacía por venganza, no me interesaba saber nada él, así de fácil. Sería muy tonta si le daba importancia a ese hombre que me hizo tanto daño, cuando tenía a un hombre como Gael, atendiéndome y consintiéndome. Si tan solo Raquel pudiera estar aquí, compartiendo conmigo estos momentos felices. Extrañaba tanto a mi amiga, ahora si pude haberle comentado que me cogí a Gael. Esas locuras de mi amiga, me hacía parecer tonta cada vez que las recordaba, porque inmediatamente se dibujaba una sonrisa en mi rostro,

tan solo imaginándola decirme eso. Gael en la cocina, me escuchaba reír y me preguntaba que me pasaba.

—Aquí mi vida, recordando las locuras de Raquel, tenía cada ocurrencia. Algún día nos sentaremos a hablar de eso Gael, te vas a reír mucho —le decía mientras no podía dejar de reír.

—Yo lo sé mi vida, a mí también me salía con sus locuras y en la oficina vamos a extrañar su forma de ser —Gael me dejó por sentado que Raquel era una mujer única y si no fuera mi amiga, sentiría celos de ella.

Me quedé mirando la televisión y tocaron a la puerta dos veces. Pensé que eran ideas más porque Gael en ningún momento decidió salir. Un minuto más tarde, vuelven a tocar y le grité a Gael que estaban tocando, no me quise levantar porque no sé si estaría bien que siendo invitada, me tomara esas atribuciones.

—¿Puedes levantarte y mirar mi vida? —Gael se asomó, me hizo señas con sus manos de que estaba ocupado con una carne.

—Claro mi vida, voy despacito —me levanté y fui hasta la puerta a abrir.

Cuando abrí, me llevé una sorpresa. Una mujer muy hermosa, cabello negro y largo, blanca como la leche y con unos ojos verdes deleitantes. Siendo yo mujer y atractiva, no podía menospreciar la belleza que tenía en frente.

—Hola, buenas tardes. Por favor, ¿Está Gael? —me preguntó muy respetuosamente y con una voz tan dulce que daba miedo pensar que era tan real.

—Buenas tardes, si él está. ¿A quién anuncio? —Casi infartada, le pregunté con mucha curiosidad.

—Ana María, soy su secretaria —me extendió la mano cordialmente y yo le correspondí el saludo. La invité a pasar y a tomar asiento.

Ella, su secretaria, hermosa, joven y de paso se veía muy eficiente. Me hizo sentir celos, me generó una gran desconfianza al recordar a la secretaria de Antonio con quien me engañó la primera vez. De paso, ella toda arreglada y yo con una venda en mi pie. Trágame tierra, otra vez.

Gael al escuchar, sale de la cocina y saluda muy afectuosamente a Ana María.

—¡Anita, que bueno verte aquí! —con una gran sonrisa y un fuerte abrazo,

Gael saludó a su secretaria.

Yo estaba sonriendo, pero por dentro lo que me provocaba era ponerme entre ellos y preguntar por qué tanto afecto. Pero debía controlar mi inseguridad y me limité a observar y escuchar.

—Gracias Gael, pero vine porque me enteré tarde de la muerte de Raquel y me afectó mucho no haber podido estar con ella en la funeraria. No me pude despedir —la joven le decía a su jefe, con quien al parecer tenía mucha confianza, porque no se le notaba la distancia de cargos.

—Todo fue muy rápido, Anita ¿Ya conociste a Abril? Ella era como su hermana y ahora es mi novia. Ha estado muy afectada —en ese momento, me volvió el alma al cuerpo, al escuchar a Gael decirle eso a su secretaria.

—Quédate a comer, estoy preparando almuerzo —le pidió Gael a la joven y me miró, buscando mi aprobación.

Yo sonreí, pero por dentro tenía una guerra interna de sentimientos encontrados. Me hacía muchas preguntas ¿por qué tanta confianza entre ellos? No podía creer en la amistad entre un hombre y una mujer. Antonio me las presentaba a todas como amigas y si me engañó con dos, al menos las que pude ver, no me quiero imaginar con cuántas se habrá acostado.

Me estaba haciendo una película dramática en mi mente. Si Ana María había llegado hasta aquí sin avisar, es porque había venido otras veces. Sentía que mi cara se enrojecía de coraje, no quería hacer notar mi inseguridad y desconfianza a Gael.

—Claro, quédate a comer con nosotros, Ana María —le afirmé con una sonrisa.

Gael, se acercó y me dio un beso delante de ella. Eso me tranquilizó, pero pensaba en todo el daño que me hizo Antonio. Yo jamás había sido celosa, siempre fui una mujer firme y segura de mis pasos. Pero cómo no desconfiar, si los hombres se dejan llevar por cualquier falda y vaya falda que tenía puesta Ana María. Me senté con ella en la sala, mientras Gael terminaba el almuerzo.

—No sabes cuánto lamento la muerte de Raquel, era muy querida por todos —me dijo la joven, con su tono de voz muy delicado —¿Qué te paso en el pie? —me dijo asombrada, como si tuviera el pie ensangrentado o algo parecido.

Capítulo X

Quizás era muy buena idea entrar en confianza con la secretaria de quien ahora era mi novio, eso me iba a dar la tranquilidad de saber qué hacen y cada paso que da Gael. Al enemigo hay que tenerlo cerca, eso decía mi abuela. Así que me puse mi actitud de la mejor amiga de Ana María.

—Gracias por tus palabras, Ana María. Gael me comentó que Raquel era muy apreciada por todos en la oficina. Para muestra, dieron toda la semana de duelo —le di la respuesta que ella misma sabía —El pie, me lo doblé esta mañana mientras paseaba con Gael en el zoológico. Pero no es grave —le decía mientras movía el pie para que se diera cuenta que estaba bien.

Gael de vez en cuando, se asomaba desde la cocina y al ver que las dos estábamos conversando, sonreía y volvía a lo que estaba haciendo. Ya me preguntaba, cuándo iba a terminar de hacer la comida para que la señorita se fuera y así pudiéramos compartir. No iba a permitir que otro hombre me engañara. Hasta que al fin, la comida estaba lista para servir.

—Con permiso, Ana María. Voy a ayudar a Gael a servir —me levanté y ella me pidió que me sentara.

—No, Abril. De ninguna manera. Estás lesionada, déjame a mí ayudar a Gael y se fue directo a la cocina.

Mi respiración se aceleró, sé que lo hizo con buena intención. Era lo único que necesitaba entender. Gael, me presentó como su novia, estoy en su casa. Va a conocer a mi madre y yo a su madre también. Trabaja con muchas mujeres y Raquel me hubiese mencionado alguna aventura si en realidad Gael, tenía algo con su secretaria.

El estrés me estaba aumentado y el rollo de conflictos, solo estaba en mi cabeza. Gael, no estaba nada nervioso y Ana María, en todo momento me hizo sentir bien. Tenía que aprender a dosificar mi estado de ánimo y volver a confiar, por mi bien y el de mi nueva relación. Me relajé un rato viendo la televisión y los escuchaba a ellos reír en la cocina. Me torturaba no saber que hacían y qué les causaba tanta risa.

—Ven preciosa, vamos a sentarnos en la mesa —se acercó Gael para ayudarme a caminar hasta la mesa.

Su caballerosidad lo hacía ver enamorado y eso me gustaba. No cambia su

forma de ser conmigo, ni delante de su secretaria y a ella no le disgustaba verlo así. Lo que significaba que realmente no tenían nada, porque de otra manera, ella lo reflejara en su rostro.

—Gracias, mi vida. Huele muy rico ¿qué preparaste? —sonreí al ver el amor con que me trataba Gael delante de su secretaria.

—Prepare unos raviolis cuatro quesos, para mi preciosa novia —Gael me consentía hasta con sus palabras.

Ana María traía los platos ya servidos y Gael tomaba uno a uno para colocar en la mesa. Sentados los tres, comenzamos a comer el delicioso platillo.

—Se ven muy lindos juntos. Ya era hora de ver a Gael enamorado —dijo la joven, mientras nos miraba con ojos de ternura.

Ya con eso, asumí que no había peligro con ella. En ese momento me inspiró confianza. Sentí que no había peligro, pero aún así, quise indagar un poco más.

—Gracias Ana María, yo también me siento enamorada —respondí cordialmente a sus palabras, mientras le acariciaba el rostro a Gael.

—Ya tengo con quien ir a tu boda, Ana María —entre risas comentó Gael.

—¡Enhorabuena! —respondí sin pretender conocer más sobre el tema.

Hablar de bodas me daba reacción alérgica. Esperaba que en algún momento pudiera retomar esos temas y por qué no, si es con Gael, sería maravilloso.

El almuerzo estuvo muy ameno. Ana María resultó ser una joven muy agradable y con años como secretaria de Gael, conocía hasta a mi querida suegra. Después del respectivo café, Ana María decidió irse. Se despidió con mucho cariño y con todo lo conversado, ella logró calmar a la fiera que se estaba desarrollando dentro de mí, los celos.

Prácticamente, yo era la mujer de Gael. Estaba ahí como la dueña de la casa pero con el recuerdo de la esposa rodando por toda la casa. Debía tener paciencia para que las cosas fluyeran. Ese sería el regalo más maravilloso que podía recibir de Gael en algún momento, ver nuestras fotos por toda la casa.

—Gracias por el almuerzo, mi vida. Te quedó delicioso —le dije, mientras me lanzaba sobre su cuello para abrazarlo.

Gael, muy sonriente, me levantó entre sus brazos y me llevó hasta el sofá y ahí nos acostamos a conversar.

—Todo lo hago con mucho cariño, para ti, mi vida. Porque eso es lo que eres ahora para mí, eres mi vida y así me gustaría que fuese siempre, Abril —me dijo con mucho sentimiento.

Después de esa hermosa confesión, no me quedó más que caer rendida a sus besos y le susurraba al oído que también era mi vida y como mi vida, le iba a cuidar por siempre. Me sentía plena, muy llena de paz estando con él. Muy segura, pero esa seguridad cambiaba cuando lo veía cerca de otra mujer y eso no debe ser así. Sabía que algo dentro de mí había cambiado por la traición de Antonio, pero no podía dejar que ese mal recuerdo manchara mi nueva relación.

—Mi vida, olvidé decirte que el viernes debo viajar muy temprano. El sábado tengo una conferencia con otros ejecutivos de la empresa, pero estaré de vuelta el domingo a primera hora. Te voy a extrañar —me dijo y puso su boca en forma de puchero, como un bebé cuando está triste y fue muy tierno.

Recuerdo el primer viaje de trabajo que tuvo Antonio con su grupo de trabajo. Nunca atendió una de mis llamadas en las dos noches que estuvo trabajando, eso me trae muy malos recuerdos porque al regresar, fue cuando comenzaron los rumores del engaño con su secretaria. Pero no me voy a dejar llevar por la inseguridad, Gael me ha demostrado en un corto tiempo, que es un hombre maduro y con valores. Eso es me hará confiar y me alejará de las dudas.

—Entiendo mi vida, te cuidas mucho por favor y me avisas cuando llegues —le dije mientras le daba un pequeño beso, de esa manera le daba mi voto de confianza.

Al día siguiente mi bendito pie amaneció muy inflamado. Me dolía mucho. Eso estaba arruinando mis días en casa de Gael y para colmo, el lunes tenía que comenzar las clases de baile. Sí, baile. Seré una bailarina sin poder bailar, que injusticia. Pasamos todos estos días en casa. Compartimos mucho Gael y yo. No me fue nada aburrido. Recordábamos a Raquel y reíamos a carcajadas. Recibimos en su casa varias visitas de compañeros de trabajo y Ana María regresó también un par de veces a trabajar con Gael.

Me podía imaginar una vida entera junto a él. Tenía una sensatez y no perdía la cordura en ningún momento, a pesar de escucharlo discutir por su móvil, con uno de los vendedores que estaban a su cargo, no subía el tono de voz,

mantenía la calma y eso ya era mucho pedir. En cambio yo, peleaba con los celos que querían crecer dentro de mí, no podía darles cabida en mi vida.

Ayudé a Gael a preparar su equipaje, quería involucrarme con cada detalle de su trabajo. En la tarde, me llevó hasta mi casa y fue muy triste la despedida.

—Te me cuidas mucho, preciosa. Te estaré llamando. Recuerda que te quiero —me sostuvo mi rostro con sus dos manos y me dio uno de esos tiernos besos a los que me tenía acostumbrada.

—Mi vida, te voy a extrañar mucho. Estaré aquí esperándote siempre. Que te vaya bonito, mi guapo ejecutivo —nos abrazamos muy fuerte, como si él no quisiera soltarme y yo tampoco a él.

Después de besos y abrazos, Gael se subió a su coche y se marchó. Yo quedé en la entrada de la casa, viendo como se alejaba mi amor, mi nuevo amor. Cuando iba a cerrar la puerta, siento que halan por el brazo. Me asustó mucho por todas las cosas que se oían del vecindario con respecto a los delincuentes. Pero, cuando miré, era Antonio.

Me llevó a empujones hasta la sala. Tropecé mis hombros con las paredes, me tiró en el sofá e intentó subirse a mí. Estaba como poseído. Sus ojos se veían llenos de odio y rencor. Me gritaba que yo solo podía ser su mujer y de nadie más. Comencé a gritar y él me cubría la boca con sus manos. En ese instante aproveché y clavé mis dientes fuertemente pero como pudo, me golpeó en la cabeza. Yo trataba de cubrir mi rostro y mis senos, mis partes más vulnerables. Tenía una fuerza enardecida, como si se encontrara intoxicado con alguna droga. Yo no podía con él, trataba de escapar en todo momento, pero me sentía asfixiada.

Antonio, al ver que me estaba dejando sin fuerzas, reaccionó. Se levantó y puso sus manos en la cabeza. Estaba sudando demasiado. Yo me sentí muy asustada con ese ataque. En diez años de relación, nunca había visto a Antonio reaccionar de esa manera. Para mí era una persona desconocida. Me puse a llorar al verlo con su mirada perdida. Se arrodilló ante mí y me pedía perdón. Había pasado de tanta ira a mucha calma repentina.

Cuando vi que se sentó junto a la mesa, tomé mi móvil y marqué el número de emergencias, les pedí ayuda y no tardaron ni 15 minutos en llegar. Fueron los minutos más largos de mi vida, sentí mucho miedo de permanecer cerca de Antonio, por primera vez en la vida.

Llegaron dos policías, dos enfermeros en patrulla y ambulancia, respectivamente. Uno de los policías le colocó las esposas y el otro me interrogaba mientras apuntaba mi declaración. Los enfermeros le colocaron una inyección en el brazo. Le di todos los datos de su madre para que la pudieran ubicar. Se lo llevaron al hospital para hacerle algunas pruebas toxicológicas y a mí me citaron para firmar un documento que garantizara que no se me volviera a acercar.

Ese fue el susto de mi vida, llamé a mi madre y le conté todo lo que había sucedido. No podía parar de llorar al recordar tan feo evento. Antonio estuvo a punto de violarme y si antes me había dejado una mala imagen por sus infidelidades, con esto lo terminaba de desterrar de mi corazón. Por un lado, menos mal que espero que Gael se marchara, las cosas hubieran sido peor si él estuviera aquí.

Me preparé un té para calmar mis nervios y me senté a esperar que mi madre llegara para sentir todo su apoyo. Moralmente estaba confundida, porque Antonio decía que estaba así por mi culpa. Me dolió verlo así, pero más me dolió lo que me había hecho.

Cuando escuché que llamaban a la puerta, me sobresalté en el sillón. Era mi madre, me abrazó tan fuerte, que agradecía que estuviera bien y que solo había tenido un susto. Le reseñé lo ocurrido, me salté algunos detalles para evitar preocuparla más. Después tratamos de olvidar el mal rato y decidí tocar el tema de Gael.

—Me siento enamorada de un maravilloso hombre. Madre, por primera vez creo que me siento realmente clara de lo que es sentirse en paz dentro de una relación.

Mi madre me miraba extraño, como si estuviera hablando de una relación de años. Se reía y me pedía que le contara un poco más y que tan serio iba con él. A los minutos, sonó mi móvil y era Gael.

—Hola mi vida ¿llegaste bien? —le pregunté, no quise decirle lo que me sucedió con Antonio, para no preocuparlo, pero a su regreso le iba a contar todo.

No quería tener secretos con él. Me sentía emocionada y mi madre me hacía muecas y gestos con las manos en forma de corazón. Me hacía reír y Gael lo notó. Le hice ver que mi madre estaba en casa conmigo y casualmente,

estábamos conversando de él, pero todo bien.

Gael se emocionó porque para él, era importante conocer a mi madre y yo, ni ánimos tenía de conocer a su madre, pero debía corresponder de igual manera. Todo lo iba a intentar en nombre del amor y para que se diera cuenta que si tuvo razón al elegirme y permitirme entrar a su vida.

—Envíale mis saludos a tu madre y dile que nos vemos muy pronto, mi vida. Nos vemos el domingo y recuerda que te quiero —escuche un trío de besos y colgó la llamada.

Mi madre comenzó a bromear, me veía enamorada y con un brillo en los ojos que desde hace años no veía reflejado en mí. Daba gusto verla feliz y sonreír, eso no tenía precio. Por un momento pensé que se podía oponer de alguna manera por ser todo tan apresurado, pero me demostró una vez más que mi madre era única e irrepetible. Se levantó y me abrazó, daba gracias al creador por haberme puesto a Gael en mi camino. Aún sin conocerlo, ella ya podía intuir que se trataba de un buen hombre. Le recalqué tanto que era muy guapo, y ella comenzó a imaginarlo como a un actor de cine, un Jorge Clooney. Espero que no se defraude cuando lo vea, pensé, aunque para mí Gael era único.

Planifiqué con mi madre una cena para el domingo. Así conocía a Gael aquí en la casa. Hablamos de la comida, del vino y el postre que prepararíamos juntas para ese día. Tenía muchas cosas en mente para ese domingo, pero no quería alargar mucho la reunión porque el lunes tendríamos que ir a trabajar. Así que en vez de cena, decidí cambiarlo a almuerzo.

Mis planes eran que mi madre viniera y me ayudara a preparar todo. Cuando llegara Gael, almorzaríamos y luego con el postre y un buen café, nos sentaríamos a conversar con mi madre. Después de una larga conversación, le pediría a Gael que lleváramos a mi madre a su casa y al regresar aquí, comenzaría la noche para dos. Tenía un conjunto de ropa interior con encajes, que sabía que podían emocionar más a Gael.

Todo estaba muy bien preparado. Solo faltaba que llegara el domingo.

Capítulo XI

Todo estaba dibujado en mi mente. Mi madre pasó esa noche conmigo, para sentirse tranquila, aunque sabíamos que a Antonio no le estaría yendo nada bien. Gael me llamaba con frecuencia, me hacía sentir tranquila. Al día

siguiente mi madre se fue a su casa y yo quedé sola ese sábado. En mi habitación, buscaba el vestido más bonito, quería que el día de mañana fuese perfecto. Tendría la dicha de estar con las dos personas más importantes en mi vida, mi madre y mi novio.

Ese día, hubo muchos momentos en los que no sabía nada de Gael y me entraba la desconfianza, trataba de ocuparme en algo y darle tiempo de que pudiera tomarse unos instantes para comunicarse conmigo. El gusanito de la duda estaba ahí, queriendo activarse nuevamente, pero no dejaba que me dominara.

Mi móvil sonó y grite; ¡Al fin! Sí, era Gael que estaba saliendo del evento y se dirigía hasta el hotel. Aproveché la oportunidad y le comenté de mis planes para el domingo. Se puso feliz y me apoyo en que se diera el almuerzo. El domingo en la mañana, no esperé su llamada, yo tomé la iniciativa.

—Hola mi vida, estoy ansiosa por verte y que conozcas a mi madre —le dije con un tono de voz muy apacible.

—Preciosa, yo también quiero verte, besarte, abrazarte y hacerte el amor muchas veces. Te extraño, mi vida —me iba diciendo, mientras de fondo se escuchaban los parlantes anunciando la salida de su vuelo.

Faltaban pocas horas, yo estaba preparando casi todo en la cocina para ir adelantando. Cuando mi madre llegó, le dio los últimos detalles a la comida para ponerle un poco de su sazón.

Un par de horas después, recibo la llamada de Gael para decirme que había llegado a su casa, pero que tenía pasar a la oficina porque se había presentado un defalco con uno de los vendedores a su cargo. Pero me reforzó que al salir de ahí, inmediatamente estaría con nosotras en mi casa. Sentí un poquito de preocupación pero también traté de entender que no se trataba de él, se trataba de su jefe.

Mi madre notó que la sonrisa en mi rostro ya no estaba y me preguntó que si todo estaba bien, le dije que Gael tenía un percance de trabajo, pero que iba a estar con nosotras.

Logramos preparar todo lo planificado, miré la hora y ya era tarde. Mi madre se fue a cambiar y yo no sabía aun si hacerlo, pero fui a la habitación y me vestí para Gael.

Ya vestidas, en la sala esperando a Gael, me sentía impaciente. Miraba a mi madre y ella trataba de no verme para no ponerme más nerviosa de lo que ya estaba. Miré la hora y eran casi las cuatro de la tarde. Me daba mucha pena con mi madre. Tomé el móvil y le marqué a Gael, pero no me atendió la llamada. A los segundos, me envió un texto que decía que lo disculpara y que lo excusara con mi madre pero la reunión se alargó y no podía llegar.

No sabía cómo maquillar ese embarque sin que se viera como un desaire de parte de Gael, pero tampoco había la necesidad de piso a dar patadas porque las cosas no me salían del todo bien. Pues, así me veía, en el piso, tirada ahí, dándoles golpes al suelo con la parte trasera de mis zapatos y llorando.

—Que pena contigo madre, pero Gael me escribió y me pidió que por favor lo disculparas porque la reunión estaba complicada y aún no había terminado. Yo también tengo hambre, vamos a comer —le tome su mano y me llevé a mi madre hasta la cocina, para tener un almuerzo casi cena, menos formal.

—Vestidas y alborotadas, hija. Así nos dejó Gael —me dijo mi madre mientras me colocaba la mano en el hombro.

Ninguna de las dos quisimos tocar el tema de Gael mientras comíamos. Mi madre me conocía tan bien que era obvio que estaba afectada y así era. Para mí, era mucha coincidencia que él haya tenido esa reunión justo hoy, si hasta ayer sabía de mis planes.

Llevé a mi madre a su casa y cuando regresé a la mía, me miré al espejo. Comencé a llorar, viéndome tan linda, me había vestido para Gael, todo este día era para él. Me quité el vestido y mi ropa interior de encajes, lo coloqué en la cama y me quedé observándolos. En mi mente todo sería perfecto, porque hasta ahora así eran las cosas con Gael, pero me derrumbé y me sentí defraudada.

—Hola mi vida. Apenas estoy saliendo de la oficina. Sé que debes estar triste, porque he aprendido a conocerte —me dijo Gael con su llamada sorpresa —tengo mucha pena con tu madre, quedé muy mal con ustedes, pero era una emergencia y no me pude escapar como hubiera querido —continuaba con las disculpas.

—Hola mi vida. Está bien. Si, ya debes saber cómo me siento, pero trato de entender Gael. Ya me voy a acostar, mañana tengo que trabajar y me siento agotada con todo lo de hoy —mi voz sonaba muy triste y él se dio cuenta. Me

puse a llorar, no pude evitar tanta tristeza. Me acosté y de inmediato me quedé dormida.

En la mañana, me levanté muy temprano. No tenía hambre, ni preparé el desayuno para llevar. A lo lejos, escuchaba que llamaban a la puerta y cada vez que eso pasaba, prefería tomar precauciones y me asomaba por la ventana y por todos lados antes de abrir.

Mi cara de asombro no era normal. Gael, estaba afuera, inmediatamente le abrí, pero no tenía la misma emoción de verlo como en otros momentos. Me había traído unas flores hermosas, que cambiaron mi semblante.

—Buenos días mi vida. Aquí estoy, para que desayunemos y para llevarte a tu trabajo, como quiero que sea desde hoy en adelante —me entregó las flores y trajo unos pasteles que tan solo con su olor, hicieron que me llegara el apetito.

—Mi vida, gracias. Que bonita forma de iniciar la semana y el día. Pero, pasa que no quiero que te vayas a mojar —le dije a Gael, al ver que la lluvia estaba cayendo algo fuerte.

Nos abrazamos y con eso, lo sentía tan ahí, tan mío que por un momento olvidé el desplante de ayer. Me decía que me extrañaba y eso me llenaba enormemente. Rodeo mi cintura con uno de sus fuertes brazos y con el otro su mano tomaba mi cabello y surgió un cálido beso. Sus labios tan finos, se hacían muy húmedo para sentir la suavidad de los míos. Nuestras respiraciones se agitaban por el deseo de hacer el amor, pero la ternura prevalecía en el momento y no nos dejamos llevar por la pasión. Nos separamos y mirándonos, al unísono ambos decidimos desayunar para irnos.

Estábamos risueños, todo había vuelto a la normalidad en mí. Gael seguía hablando de alguna manera, para buscar la forma de resarcir el desplante que involuntariamente le había hecho a mi madre, pero ya habíamos llegado a la entrada de la academia y tenía que irme a trabajar.

—Pensemos en algo preciosa. Más tarde para a recogerte y te llevo a tu casa. Terminamos de hablar de ese tema más tarde. Te quiero —me dio un beso y esperó que me bajara del coche.

—Yo te quiero más, mi vida. Que tengas un excelente día —le dije desde la ventanilla y me encaminé hasta la entrada.

Me sentía como un emoticon de carita feliz, tan solo me hacía falta vestir de

amarillo. Entré a la dirección de la academia, para informar de mi asistencia. Ya extrañaba mí día a día, la danza para mí era vida, me daba mucho placer enseñar baile a los niños.

Mis colegas al verme llegar, entraron y me saludaron junto con la directora, se mostraron tristes por la muerte de Raquel y me dijeron unas bonitas palabras. No quise llorar, necesitaba demostrar que seguía teniendo la fortaleza de siempre, eso inspiraba cierto respeto que ya me había ganado entre mis compañeros.

Después del recibimiento en la dirección, me fui a mi salón de clases. Las niñas estaban ahí y no me dejaron entrar porque salieron corriendo a abrazarme y se aglomeraron en la puerta. Eso me hizo más feliz, pero tuve que mantener la disciplina que caracterizaba mi clase.

Conversamos unos minutos, me hicieron muchas preguntas acerca de mi boda. Para ellos, mis vacaciones las había tomado porque necesitaba tiempo para los preparativos de mi boda con Antonio, pero les informé sin mucho detalle, que la boda se había cancelado y traté de explicarles que Gael, era el amor de mi vida en este momento.

Lo poco que les dije a las niñas, lo entendieron a su manera. Así que con un aplauso acostumbrado iniciamos el calentamiento de inicio. Así pasó la mañana, entre risas y música, la clase de flamenco fluyó muy acorde al ritmo de iniciación de las niñas. Con ello, la hora del almuerzo se acercaba para luego dar paso a las alumnas más grandes que tenían el horario de la tarde.

Me fui al cafetín de la academia y ordené una comida ligera. Mientras me traían mi pedido, tomé el móvil y llamé a Gael.

—Hola mi ejecutivo guapo ¿qué tal estuvo tu mañana? —le dije, con una voz seductora que hizo que se sonriera.

—Preciosa, gracias por esta llamada, ya te iba a marcar. Te siento conmigo a cada segundo, pero necesitaba escucharte —me hacía sentir muy importante en su vida, con esas palabras.

Conversamos un rato, en eso no recuerdo por qué tocamos el tema de Antonio y le comenté lo que había sucedido el jueves pasado. Gael se enfureció, me decía que le diera la dirección para ir a buscarlo, que tenía que respetarme y cosas así. Yo solo lo escuchaba y me sentía protegida por él. Le hice ver que ya Antonio estaba controlado y que no debíamos darle

importancia a eso.

Al momento, llegó mi comida y Gael se iba a almorzar, así que decidimos cerrar el tema sin ninguna discusión y me senté a comer. Cuando me doy cuenta, se me viene encima una mujer y me empuja. No me caí de la silla porque estaban sujetadas en el piso. Era la hermana de Antonio, ella trabajaba en el área de ventas de la academia.

—Eres una zorra, Abril. Con razón abandonaste a mi hermano ¡Ya tenías un amante! —me gritó.

Menos mal que solo estaba yo en una de las mesa, aún no había llegado todo el personal a comer, porque de otra manera, hubiera salido corriendo ante tanto bochorno. Pero me puse de pie, yo no tenía ninguna culpa de lo que pasó.

—Un momento, Mariana —le dije, subiendo un poco la voz —No sé lo que les haya dicho Antonio, pero el único culpable de todo, de todo lo que pasó fue tu hermano —le hice seña con la mano para que tomara asiento.

Ella se rehusó, pero al ver que me senté, bajó la guardia. Le conté cómo se habían dado las cosas. Todos los detalles desde la primera infidelidad hasta esa noche en que lo encontré con esa mujer. No me salté ninguna parte, quise que realmente se diera cuenta que ya ahí no había amor. Me había cansado de tanto aguante.

Mariana, se tapaba la boca para no gritar por el asombro de todo lo que oía de mi boca. Me entendió, quizás por alguna razón me siga guardando rencor, pero toda esa confusión había pasado porque el acuerdo fue que cada uno hablara con su familia y explicara él por qué del rompimiento.

Al final, Mariana terminó por acompañarme a comer. Le pedí que no mencionáramos más el tema de Antonio, para no herir susceptibilidades. Y así fue, cuando terminé, me disculpé porque debía retirarme para continuar con el receso y continuar con la clase final de día.

Antes de ir al salón, me fui hasta la oficina que compartíamos las profesoras y en mi escritorio, estaba un ramo de rosas azules. Me acerqué por la curiosidad y la tarjeta estaba dirigida a mí.

La emoción me embargaba, años tenía sin recibir una flor, ni siquiera de esas que hacemos en los restaurantes con las servilletas mientras esperamos la comida.

“Rosas pintadas de azul... son un motivo.

Tú, eres mi motivo y mi vida.

Gael.”

Fue demasiado lindo, menos mal que tenía unos minutos de receso para disfrutar este momento. Saqué mi móvil y en vez de llamar a Gael, comencé a tomarme fotos con mi hermoso ramo y se lo envié a mi madre. Inmediatamente, llamé a Gael, pero no pudo atenderme porque iba entrando a una reunión.

Mi madre me envió una imagen que me causó mucha curiosidad, nuevamente una imagen, y otra y otra. Cuando las abro, es un arreglo frutal y en la otra, mi madre sosteniéndolo y otra con la tarjeta.

“Señora Amarilis, discúlpeme por no haber ido a conocerla ayer. Pero nos sobrarán días para compartir en familia. Que tenga un maravilloso día, suegra.

Gael.”

Mi madre me llamó emocionada:

—Hija, ese hombre es un príncipe. Que detalle más hermoso. Por favor, dale las gracias de mi parte. Esto se ve delicioso —muy agradecida estaba mi madre con el detalle que había tenido Gael.

Después de la emoción por los obsequios, me dispuse a ir al salón para continuar con la clase de las adolescentes. Con ellas pasó lo mismo, las niñas me abrazaron y me preguntaron por la boda y bueno, le reseñé un poco las cosas, porque ellas sí podían entender lo que estaba diciendo. Fue un rato agradable, pero luego llegó el momento de iniciar la clase. Ellas estaban más adelantadas y solo era práctica lo que les tocaba hoy.

Viendo a las niñas bailar, mi mente volaba y no dejaba de pensar en Gael. Sabía que él estaba haciendo lo mismo, podía sentir esa conexión, en ese momento me llegó un mensaje de él y pude comprobar que estábamos en lo mismo, pensándonos y extrañándonos.

Era maravilloso, ya no sentía la inseguridad del comienzo. La sinceridad de Gael me hacían tenerle confianza. Ya los celos y el miedo a que me vuelva a suceder algo que ya no quería comentar, habían desaparecido y eso era maravilloso. Al terminar la clase, me sentía con la energía de una de las niñas

y la emoción latente por ver a mi galán.

Caminé hasta la entrada con mi ramo de rosas azules, Gael me esperaba dentro del coche. Fue un momento memorable, como si hubieran pasado meses sin verlo.

Pensé que nos íbamos directo a mi casa, pero Gael me llevó a un mirador. La vista abarcaba todo el valle, él me abrazó por detrás y puso su cabeza sobre mi hombro y me susurraba que disfrutara del paisaje y de nuestro amor.

Suspiré profundamente y cerré mis ojos, al abrirlos podía ver como las nubes se acercaban a nosotros y nos rodeaban, como si estuviéramos en el mismo cielo. De pronto, el viento invadió con sutileza a la montaña, levantando las pocas hojas secas que iban cayendo hasta el suelo aún húmedo por la lluvia que había caído y eso nos alertaba que Raquel se hacía presente y celebraba nuestra unión, era su forma de manifestarse ante nosotros, así lo sentía.

La tarde comenzaba a caer, el contraste de azules y amarillos en el tapiz del cielo, hacían un hermoso lienzo que daba paso al anochecer. Gael no se separó de mí, solo me pedía que disfrutara de lo que estaba pasando. Luego, me dio su mano y nos sentamos en una de las piedras a conversar.

—La vida es muy corta, Abril. No podemos dedicarnos a esperar que algo suceda, si no hacemos realidad nuestros sueños, nadie más lo hará por nosotros —me dijo Gael, mirándome directamente a los ojos y quitando el cabello que cubría mi rostro.

—¿Por qué me dices todo esto mi vida, te pasa algo? —Le pregunté algo preocupada.

—Sí, me pasa algo mi vida —me dijo mientras me abrazaba contra su pecho. Me sentí realmente preocupada ante sus palabras, pensé lo peor. No sabía si estaba enfermo o si se tenía que mudar o si me iba a abandonar. Algo gris se apoderó de mí ese momento, como si una gran bolsa recogiera todo lo bonito del lugar y lo tirara al bote de la basura. Me di media vuelta y lo miré, sin preguntar, solo con mi mirada le hice entender mi preocupación.

—Me pasa, que me siento vivo. Me pasa, que contigo quiero todo esto que ves, un mundo. Me pasa, que siento amor, y eso me gusta y quiero sentirlo siempre —me miraba y no paraba de hablar —Me pasa, que quiero vivir contigo. Me pasa, que quiero tener hijos y poder vernos reflejados en ellos. Me pasa, que siento que te amo y no quiero que pare este sentimiento.

Cada palabra de Gael, me abrazaba el alma, cada destello de su mirada me inyectaba dulzura ¿Se podía pedir más en esta vida? ¿Quién dijo que las mariposas en el estómago se podían sentir solo con el primer amor? Las sentía, estaban ahí dentro de mi panza, revoloteando para hacerme sentir viva, llena de amor.

Capítulo XII

Cerré mis ojos y acerqué mis labios a los de Gael, sus labios levemente y llenó de amor mi boca. Besarnos, era ese instante de unión, en el que las mieles del amor se manifestaban como el néctar de una flor. Nuestros besos nos alimentaban el alma. Ya no había recuerdos del pasado, todo había quedado atrás. La confesión de Gael, me llevaron a otro plano, a un estado de quietud. A mi edad, no pensé que se podía sentir un amor tan complaciente, tan plácido. Me sentía satisfecha, tan solo con sus caricias. Hacer el amor, era esto, mirarnos, besarnos. Iba más allá de satisfacer la lujuria en la cama, donde tocarnos y sentir nuestros cuerpos desnudos eran el complemento para sentirlo mío, para sentirme suya.

—Escucharte, me borra todos los malos recuerdos del pasado, mi vida. Me hace ver que todo ha valido la pena. Cada lágrima derramada por los fracasos, cada golpe de la vida por la partida de seres queridos. Todo tiene sentido, la vida es esto, son momentos, son alegrías y tristezas y todo, todo de mí quiero compartirlo contigo. Eres mi vida, te amo inmensamente —le dije con los ojos bañados en lágrimas de alegría.

Parecíamos dos tontos, nos decíamos que nos amábamos y llorábamos como si nos doliera, tal vez nuestras almas lloraban porque se habían juntados después de haber sufrido tanto.

Llegada la noche, nos levantamos y nos subimos al coche, cuales enamorados después de regresar de un viaje de amor en un mundo paralelo. Nos olvidamos por un momento de todo y había llegado el momento de encajar nuestro amor, nuestra verdad en la realidad.

Llegamos a mi casa, nos despedimos con besos y abrazos pero con nostalgia por separarnos aunque sea por estas horas. En la mañana, Gael vino por mí para llevarme al trabajo. Así pasaban nuestros días, nuestras semanas compartiendo. Cada vez que podíamos, regresábamos a ese lugar, nuestro lugar mágico.

Todos los fines de semana me quedaba en casa de Gael. Habíamos dejado el tema de las suegras pendientes, así que decidimos al fin, organizar el encuentro. Ya habíamos adelantado mucho, Gael hablaba con mi madre por teléfono y yo en ocasiones también lo hacía con la señora Bertha, la madre de Gael.

Habíamos conocido a parte de nuestras familias en algunos eventos y encuentros ocasionales en restaurantes y cuando íbamos al cine. No teníamos quejas. No había discusión, era una relación integral la que existía entre nosotros.

—Hola mi vida, paso por ti en media hora ¿Estás lista? —Me llamó Gael para avisarme.

El día de la presentación ante las suegras había llegado. No me sentía nerviosa. Me vestí para la ocasión. Nuestras madres, se iban en coches que habíamos alquilado. Bueno, como siempre las ideas originales eran de Gael, quería que se sintieran especiales.

Yo tome el retrato que tenía de Gael en la sala y antes de salir, le agradecí a mi amiga donde quiera que esté por haber sido partícipe de que uniera con Gael. Inmediatamente salí, ya él me estaba esperando. Nos pusimos de acuerdo para vestir. Yo tenía un vestido rosa y el se había colocado una camisa rosa también. Algo cursi, pero de enamorados que no queríamos dejar pasar.

Llegamos al restaurante y nos ubicamos en la mesa reservada. La señora Bertha llegó primero y mi madre venía detrás de ella pero sin conocerse aún.

Gael y yo nos levantamos y cada uno tomo de la mano a su madre y las sentamos una al lado de la otra. Fue todo perfecto, como ensayado, pero no fue así.

—Bienvenidas —le dijo Gael, muy caballerosamente y aun estando de pie llamó al mesonero y trajeron el vino.

Gael y yo nos presentamos formalmente. Nuestras madres nos halagaron, que yo era muy hermosa y mi madre salió con que Gael si se parecía a Jorge Clooney, me dio pena su comentario, pero así era mi madre, no la podía cambiar, la amaba así de imprudente.

Nos reímos de muchas anécdotas, ellas se encargaron de poner el toque gracioso de la noche, recordando las travesuras de nosotros de cuando éramos unos niños apenas.

—Disculpen que interrumpa este momento. Ya que hemos cenado y todo ha salido perfecto, quiero hacer una petición a usted, señora Amarilis —y en ese momento se pudo de pe Gael.

Eso no lo habíamos hablado, me pareció extraño, pero era tan ocurrente que sabía que era otro de sus grandes detalles.

—Quiero pedirle a usted, la suegra más linda que pueda existir en el mundo, si me concede la mano de su hija en matrimonio —le dijo Gael a mi madre.

Todas nos quedamos atónitas, ni yo sabía que esto iba a suceder en esa noche. Mi madre comenzó a sollozar y se puso de pie para abrazar a Gael.

—Claro que sí, hijo la mano y todo su cuerpo para que la hagas feliz, porque ella se lo merece todo —su carita llena de felicidad, me emocionó y no pude detener las lágrimas de emoción.

La señora Bertha comenzó a aplaudir, significaba que había recibido con alegría la noticia. Gael, se arrodilló ante mí y sacó de su chaqueta un anillo.

—Ahora solo me faltas tú, mi vida ¿Aceptas pasar el resto de tu vida junto a mí? ¿Quieres casarte conmigo, Abril? —me decía mientras sostenía el anillo con una de sus manos y con la otra, se colocaba la mano sobre su pecho, como si estuviera haciendo un juramento de palabra.

¿Casarme? Aun no me quitaba el mal sabor de haber preparado aquella boda, pero debía quedar en el recuerdo. Solo habían pasado algunos meses de haber conocido a Gael y todo fluía, todo avanzaba y muy rápido. Me quedaron grabadas las palabras de Raquel, decía que la vida pasaba muy rápido y que existía un tren del amor, que pasaba una sola vez en la vida. Sentí que este era el mío, mi tren y no podía dejarlo pasar, me subiré en él y seré feliz.

—Claro que sí, mi vida. Acepto pasar el resto de mi vida contigo. Creo en el por siempre y para siempre, pero juntos. Te amo Gael —me agaché un poco para besarlo y él se levantó para ponerme el anillo y abrazarme.

Todos aplaudían, mi madre se acercó para felicitarme y sin querer, se tropezó con la mesa y cayó al piso. No reaccionó, nos asustamos mucho. De pronto estábamos en la pedida de mano y pasa esto tan anrumador.

Llegó un paramédico del restaurante y evaluó a mi madre, yo solo le pedía al creador que no pasara lo peor. Pero mi madre reaccionó favorablemente. Tuvimos que llevarla al hospital para que la revisaran, no me iba a quedar tranquila sin saber que le habían hecho todos los análisis, porque el golpe se

lo había dado en la cabeza. Pero, todo estaba bien, no había sido más que un susto.

Salimos todos del hospital y nos reíamos de esa anécdota. Mi madre no hallaba qué cara poner, sentía mucha vergüenza por el incidente, no pasó más de ser un susto, pero eso no había empañado la felicidad y el compromiso que habíamos jurado Gael y yo.

Llevamos a nuestras madres a sus casas y él y yo nos fuimos juntos. Estando en su casa, no podía dejar de mirarme el anillo, otro anillo de compromiso pero este tenía un valor especial, no era por costumbre, era por amor.

Nos abrazamos y sentí que a pesar del compromiso, nada había cambiado, sentimentalmente era más fuerte el amor y la sensación de calma seguía ahí, a pesar de que nos venían días de estrés por la organización de la boda.

—Mi vida ¿No ves algo diferente en la casa? Mira bien a tu alrededor —me preguntó Gael, mientras me abrazaba por la espalda haciéndome sentir la cálida temperatura de cuerpo.

Miré hacia todos los rincones, pero no lograba detallar algo diferente. Estaban las fotos, los recuerdos de Gael de cada viaje, sus libros... no logré ver nada diferente.

—No logro distinguir algo diferente mi vida ¿Qué hay de nuevo en la casa?
—le pregunté con mucha curiosidad.

Él se reía y me fue acercando sin soltarme.

—¿Ahora, si ves la diferencia en cada rincón? —me preguntó mientras me daba muchos besos en el cuello.

En mi rostro se dibujó una gran sonrisa al ver que las fotos de Rocío ya no estaban. Todas habían sido reemplazadas por fotos de nosotros, en cada encuentro, en cada salida, en cada locura que fue captada por Gael y ahora son parte del presente que se respira en esta casa.

Volteé a mirarlo y noté felicidad pero cierta melancolía. Sabía que le había costado apartar el recuerdo de Rocío, que por tanto tiempo lo acompañaban en cada rincón.

—Mi vida, gracias. Me llenas de tantos detalles para hacerme sentir especial en tu vida. Sé que fue una dura decisión para ti, pero Rocío donde quiera que esté, sabe que estás bien y que vamos a ser felices juntos —muy agradecida,

lo abracé para hacerle sentir que estoy con él en todas las decisiones.

Gael se acercó a una mesita que estaba en uno de los rincones y sacó un pequeño cofre. Eran las cenizas de Rocío. Me quedé fría, pasmada. Ese era un gran secreto, nunca me había dicho que Rocío seguía aquí, tan presente que sus cenizas nunca se habían ido, nunca la había dejado ir.

—Sé que pensaras que estoy loco, pero quiero que me acompañes a hacer algo que debí hacer desde hace mucho tiempo, mi vida —intuí lo que Gael me quiso decir y no pregunté más.

Gael con su traje y yo con mi vestido, recién llegados de comprometernos delante de nuestras madres, salimos de noche a cumplir el deseo de Rocío. Gael se había negado a dejarla ir, pero hoy su decisión fue concisa y no quise interrumpir su sensatez.

Nos fuimos en el coche hasta lugar, ese del mirador donde podíamos observar nuestra ciudad y donde podíamos inventar nuestro mundo sin ninguna interrupción. Gael se bajó del coche y yo lo seguí, él estaba en silencio, muy serio como pocas veces lo había visto.

Abrió el pequeño cofre y tomó el saquito que estaba dentro con las cenizas.

—Ve Rocío, ve con el aire a cualquier lugar hermoso. Como siempre quisiste, permanecer en el aire para que te podamos sentir como acaricias nuestro rostro. Gracias por ser esa mujer que me acompañó en todo momento y que me amó hasta el último día de su vida. Te amé, te amé hasta en mis sueños. Ve a tu destino, te dejo libre y te doy las gracias por enseñarme a amarte. Hoy la amo a ella, a Abril y sé que estás feliz porque tengo a una buena mujer a mi lado, amándome y la amo. Ve tranquila, ve feliz —Gael pronunciaba lentamente cada palabra sus ojos se entristecieron pero su rostro estaba lleno de felicidad.

Nos abrazamos muy fuertes. Nos sentamos en la misma piedra que tantas veces nos recibió para oírnos reír y fue testigo de las palabras lindas y los besos tiernos de estos dos locos enamorados.

El viento estaba ahí, presente en cada movimiento de las hojas, en el vuelo de las mariposas que nos acompañaban en la serenidad de la noche.

Gael y yo no pusimos fecha para la boda, nuestro amor se dio así, de repente, sin calendario, sin planificación. En cualquier momento ese día llegaría, ese día que para nosotros sería el ideal.

Raquel donde quiera que se encuentre me abraza en las noches, me hace reír en cada recuerdo. Está presente en esta unión.

Si tuviera que explicar qué es la felicidad, diría que lo que vivo hoy en día lo es, pero no porque esté con Gael, es porque decidí ser feliz con él. Cada día que pasa, es como el comienzo de uno nuevo.

Me subí al tren del amor, compré un boleto sin retorno y coincidí con el número de Gael en el mismo vagón. No todos se arriesgan a viajar en él por miedos, inseguridades y desconfianzas pero todo eso se puede dejar atrás. No necesitas equipaje, solo el amor será lo único que te dará abrigo y ese calor que necesitarás, lo conseguirás junto a ese ser que has elegido para amar y ser feliz. No hay vuelta atrás, ni el pasado tiene cabida, porque cuando llega el verdadero amor, todo lo malo se olvida.

No se necesita ser muy joven o muy avanzada de edad, cuando te llega, no lo dejes escapar. Gael y yo estamos en primera clase y no pensamos abandonar este viaje jamás.